



CARTAS

SOBRE LAS MISIONES DOMINICANAS DEL ECUADOR

PRIMERA

Baños, Mayo 1 de 1912.

Al Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Dr. Dn. Jacinto Angel Scappardini, Delegado Apostólico en las Repúblicas del Ecuador, Perú y Bolivia.

Lima.

Excelentísimo y Reverendísimo Señor:

Acabo de llegar de la Prefectura Apostólica de Canelos y Macas confiada á la Provincia Dominicana del Ecuador el año de 1887, y cuyo territorio, en visita pastoral, he recorrido en algo más de cuatro meses.

La confianza que Su Excelencia Rma. me ha inspirado desde cuando tan satisfactoriamente dirigía "La Stella" de Turín, y aun más el alto cargo de que se halla investido actualmente su Excia. Rma., me han movido á dirigirle esta carta, no ya como antiguo corresponsal de "La Stella", sino como subordinado á la Delegación apostólica tan acertadamente confiada al tino de su Excia. Rma.

El M. R. P. Fr José M. Magalli, de grata recordación para los dominicanos del Ecuador, cuando de-

sempeñaba el cargo que actualmente pesa sobre mí, dirigió una serie de cartas acerca del trabajo de nuestros hermanos misioneros al Excmo. y Rmo. Sr. Dr. Dn. José Macchi, dignísimo predecesor de su Excia Rma. Como en aquellas cartas se hizo ya una detallada relación de los usos y costumbres de los indios *záparos*, *quichuas* y *jívaros* que pueblan nuestra Prefectura, no me detendré á hablar de ellos, á no ser que hubiere necesidad de rememorar algunos porque tuvieren conexión con mi viaje.

Todo lo que se relaciona con nuestra Región Oriental interesa vivamente á los ecuatorianos, y en todo tiempo; no es extraño, pues, que las referidas cartas del M. R. P. Magalli hayan sido leídas con avidez en nuestra Patria, y se halle también agotada por completo la segunda edición hecha á instancias del Excmo. Sr. Dr. Dn. Antonio Flores, á la sazón Presidente de la República. Desde aquel tiempo han pasado años y habría mucho que escribir; mas, esperando mejor oportunidad para decir algo que merezca la pena de leerse, me contentaré con referir á Su Excia. Rma. lo que he podido ver personalmente, y esto, como dicen, al volar de la pluma, empezando eso sí por darle una idea general y rápida de los trabajos emprendidos por los misioneros

El 3 de diciembre de 1887 llegaron á Canelos los RR. PP. Francisco Pierre, Pedro Guerrero y Sosa y el Hermano converso Fr. Simón Hurtado, acompañados de un personal numeroso de cargueros; el próximo diciembre se cumplirán los veinticinco años del trabajo apostólico llevado á cabo por nuestra Provincia Dominicana en beneficio de las almas y de la Patria; pues no otra cosa significa la permanencia de nuestros Hermanos en una considerable extensión del territorio oriental del Ecuador, dividido en cuatro Vicariatos y Prefecturas confiados á los RR. PP. Jesuitas en el Napo, á los Dominicanos en Canelos y Macas; en Méndez y Gualaquiza á los RR. PP. Salesianos y en el Zamora á los RR. PP. Franciscanos.

Es inútil añadir que el Gobierno del Excmo. Sr. Flores, promotor de aquella división, prestó no sólo el apoyo moral á los Misioneros, sino también auxilio pecuniario.

Mucho se trabajó entonces, y florecieron las misiones, aunque paulatinamente, pero con éxito satisfactorio. Aún más: los Misioneros fueron los guardianes de la integridad nacional.

El Gobierno del Excmo. Sr. Dr. Dn. Luis Cordero tuvo tiempo de manifestar el interés que por las misiones abrigaba, y se valió de los recursos necesarios para debelar y castigar á gentes sin conciencia, olvidadas de toda moral y justicia, que se atrevían á ultrajar villanamente á los benémeros hijos de San Ignacio. Con todo, prevaleció la rebelión posteriormente, siendo expulsados los RR. PP. Jesuitas del Vicariato del Napo con mengua aún de la integridad territorial.

Cuando los dominicanos se hicieron cargo de la Prefectura apostólica existían las siguientes poblaciones: *Canelos, Sarayacu y Pacayacu*, en las márgenes del río *Bobonaza* y *Andoas* en la del *Pastaza*, aunque casi sin moradores este último Pueblo. En la Región de *Macas* no existía más que el de este nombre y era, como hoy, habitado por unos cuatrocientos blancos, cabecera del Cantón *Sangay*, perteneciente á la Provincia del *Chimborazo*.

En las poblaciones del *Bobonaza* vivían sólo indios *quichuas*, lo mismo que en *Andoas*, con algunas familias jívaras y záparas que, doblegándose á la predicación de los misioneros, dejaron las tribus para venir á poblado. En *Andoas* existían también algunas familias llamadas *Shimigayes* de las que hablaré posteriormente. En *Macas* hubo que recoger unas cuatro familias indias,—último resto de las residencias de *Paira, Huilca, Copueno* y *Barona* desaparecidas á consecuencia de la mortalidad producida por el reumatismo,—que habitaban escalonadas en el camino de *Riobamba* á *Macas*. En este pueblo, cedido por la Rma. Curia de *Riobamba* á los misioneros, permanecieron los Dominicanos desde 1888 hasta el año de 1899. En el de 1891 un incendio, acaso criminal, redujo á cenizas el convento y la iglesia, pudiendo escapar los Religiosos apenas con la ropa que hubieron á la mano.

Sin mayor auxilio para la restauración de lo perdido, que demandaba ingentes gastos, viéronse obligados á dejar dicha residencia quedando en ruinas la misión de *Arapicos del sur*, establecida entre los jívaras y gobernada por el santo y sabio P. Fr. Francisco de Lasplanes y la de *Santa Ana*, dirigida por el R. P. Vicario Fr. Alberto Delgado. La escuela de varones de *Macas* perdió á los Hermanos Fr. Juan Cáceres y Fr. José M. Crespo que la regentaban, y la de niñas á la preceptora pagada por los Padres Misioneros.

Los Padres Sibbano Nacaboda de Feudo á sus trabajos. re-

corrieron con infatigable celo y ardimiento todo el territorio bañado por el río Upano hasta los confines del Vicariato de Gualaquiza é internáronse luego por Chiguasa del Sur y Patuca hacia el E. hasta el río Morona, cuyo curso fue seguido por el norte hasta Miazal. En este viaje descubrieron los misioneros que el Upano formaba el río Santiago y no el Morona, como se había creído, lo que fue confirmado en otro viaje posterior; se levantó el censo de los moradores, conquistándose también el aprecio de los jívaros é instruyéndose en el idioma de estos que no tenía afinidad alguna con el quichua, el záparo y el *shimigay*, dialectos hablados por tribus distintas en el territorio de la Prefectura. En el incendio de 1891 desapareció el diccionario jívaro que aún se conservaba inédito, quedándonos solamente un *Catón* impreso para uso de los niños.

En cuatro años de permanencia en Macas mucho hicieron los misioneros y habrían podido obtener mejores resultados; pero se vieron impedidos con frecuencia por la obra inicua de ciertos blancos que con el hambre insaciable de oro, atropellaban la justicia y la moral: emplearon, pues, buena parte del tiempo en luchar contra el *blanco civilizado*, que fomentaba los asesinatos jívaros, para obtener *tzantzaz* [cabezas humanas disecadas] que, compradas en la Sierra á buen precio, eran luego exportadas á los Museos de Europa.

La moral más elemental debía oponerse á este negocio infame, y los Misioneros saben cuánto les costó obtener de un Congreso Nacional dos leyes humanitarias, prohibitivas de la elaboración de aguardiente, y el negocio de *tzantzaz* bajo penas severas. “¿Qué hacen los Misioneros en Macas?” era el título del folleto que éstos presentaron á los Legisladores de uno de nuestros Congresos para obtener las predichas Leyes. Y en verdad, que nada ó bien poco pueden hacer los Misioneros en el Oriente cuando el *auri sacra fames* domina el pecho del comerciante perverso que atropella la moral. Con esto no intento reprochar á todo comerciante, no; los hay buenos y morales: condeno la conducta de los bribones que son los enemigos natos de los Misioneros.

En varias ocasiones las autoridades locales no han cumplido su deber, y han debido ser amonestadas por los Misioneros á fin de que no fuese burlada la buena intención del Legislador. En nuestra

Región oriental pasaba con las nuestras lo que con las Leyes que los Reyes de España daban para sus Indios: eran materia para llenar muchas hojas de papel y un título de animosidad contra el Misionero. Esto pasaba en Macas durante los predichos cuatro años.

En Marzo de 1892 fue enviado á este Pueblo como Misionero el actual Obispo de Guayaquil Ilmo. y Rmo. Fr. Juan María Riera, para facilitarles el cumplimiento del precepto pascual á los moradores, y verificó una empresa digna de atención. Como lo que llamamos *camino* de Riobamba á Macas no merece este nombre en su mayor parte, pues no es sino la abrupta quebrada que sirve de lecho al río Upano, y que jamás servirá para formar una carretera; salió de Macas abriendo una pica por distinto derrotero, á fin de satisfacer, por medio del M. R. P. Fr. José M. Magalli, al Excmo. Sr. Flores que solicitó informes respecto de una vía proyectada por los Sres. Dr. Agustín T. Rodríguez y N. Noriega. Del pueblo siguió hacia el río Chignasa del Norte y desde este punto hacia el río Arapicos ó Huamboya, trasmontando la cordillera oriental por el sitio llamado *Pungo* hasta salir á Riobamba por Alao y Pungalá. Creo que emplearon 19 días en esta excursión, que fue la primera en busca de una ruta capaz de convertirse en camino. La caravana estaba formada por una brigada de Macaveos á cuya cabeza se hallaba el emprendedor Ambrosio Zabala, y otra de jívaros dirigida por el notable Capitán Sharupe.

Uno de los números de las fiestas con que se solemnizó la Exposición Nacional de entonces en la Alameda de la Capital de la República fue la presencia de nueve jívaros más una mujer y un niño de pechos, que representaban ante millares de expectadores, algunos episodios propios de la raza jívara. Inútil es decir que la expedición fue costada por los Misioneros y tuvo por principal objeto obtener del Supremo Gobierno el apoyo necesario para emprender en la apertura del nuevo camino de Riobamba á Macas por la explorada vía. No se obtuvo auxilio alguno y los jívaros se volvieron descorazonados, por no decir desengañosos. Los indios, á cada uno de los cuales ofreció un rifle el Excmo. Sr. Flores, recibieron uno viejo, una postura militar de coleta; el primero lo restituyeron por inútil y la ropa la vendieron á los indios de la Sierra que tanto gustan del traje militar. “Quien es informal en ~~esta oferta de paz~~ ~~muerto~~ ~~propuesto~~ que

nos ha dado rifles inútiles, á pesar de tener á su disposición muchos buenos, lo será aun más en cosas de mayor precio," decían los jívaros á los Padres que les incitaban á que insistiesen en la demanda de auxilio para la realización del proyectado camino. Y rehusaron presentarse de nuevo ante el Sr. Presidente de la República. El jívaro, como todo indio, se de salienta en las primeras contradicciones; es un cuerpo sin alma para empresas que no está en su mano llevarlas á cabo. Desalentados por esto ni siquiera quisieron oír la propuesta del Ministro Norte Americano residente en Quito que deseaba llevarles á la Exposición de Chicago. (1)

Aquí añadiré algo sobre caminos. No los tenemos para el Oriente en la verdadera acepción del término: son sólo sendas perdidas entre la exuberante vegetación tropical y conservadas apenas por el frecuente tránsito de Misioneros y Comerciantes. Baste asegurar que hay necesidad de viajar siempre á pie y con traje especial y muy ligero, so pena de ser contenido por los zarzales del bosque. Las comodidades son desconocidas en estos andurriales donde hay necesidad de emplear manos y pies para ayudarse á tener en pie; y con todo, cuántas veces hay que desplomarse en tierra, no sin manifiesto sentimiento propio y causando á veces la hilaridad de los compañeros. El Oriente es la región de las aguas, y no hay para que expresar que, de trecho en trecho, se debe atravesar, no sólo arroyos, sino además ríos de consideración, lo que se hace, cuando hay facilidad, por improvisados puentes que causan horror, ó en balsas ó canoas, si se las tiene á tiempo.

Yo no me quejo de los que escriben poco más ó menos: "Nosotros procedemos de distinto modo que los Misioneros; éstos entran á encerrarse en el Oriente sin preocuparse en abrir caminos; nosotros los abriremos antes". ¿Para qué me he de quejar de esta aserción, si siempre resulta pura palabrería y nada más?

(1) De aquí se puede colegir cuanta verdad hay en la aserción del novísimo calumniador de los Misioneros, cuando asegura que fue él el primero que sacó indios del Oriente para que admirasen el progreso de nuestra República. El Sr. Dn. Máximo Larrea, pocos años después, llevó, repetidas veces, jívaros á Guayaquil y uno de estos hasta se aficionó á quedarse en la costa sirviendo como jornalero al principio, luego en calidad de cocinero y al fin, enrolándose como soldado en un batallón de Guayaquil.

Los Misioneros con 400 ó 500 sueres de renta mensual ya nos daríamos modos de ser más patriotas; pero sin renta alguna mientras logran *otros* de nuestros bienes, privados aún del estipendio diario de la Misa en estas expediciones selváticas, y gastando lo que apenas se puede quitar de la boca de los Religiosos de otros Conventos, ¿cómo podremos hacer caminos? Esto lo pueden ver hasta los ciegos que quieran defendernos de las injusticias de la irreflexión ó del sectarismo.

Cuatro mil sueres pedimos para hacer un camino y, sin duda por que era poca cosa, no se nos dió; pero en cambio, *otros*, que no son frailes, recibieron grandes cantidades para dejar al país peor que antes: sin camino y sin dinero. Conste que el Hble. Sr. Dn. Carlos Rendón Pérez, ministro que fue del oriente hasta principios de este año, quiso darnos esa cantidad; pero no fue aceptada, por que de 1890 á 1911 habían cambiado notablemente nuestras circunstancias. Antes necesitábamos y habíamos solicitado solamente el *apoyo* del Gobierno para abrir un camino, pero ahora era menester que *se nos diera todo*; y es claro, ni lo pedimos ni se nos lo dará. ¿Qué hémos de hacer? Oír que actualmente se va á proceder de distinto modo que los Misioneros; abriendo antes caminos.

Que el Señor nos haga descansar, como al viejo Simeón, cuando nuestros ojos vean tal prodigio, y esto que no nos cansamos de la vida aunque tan penosa en nuestros días.

Los Ecuatorianos somos patriotas de verdad y el exceso de ese mismo patriotismo hace que muchas veces proyectemos lo que no hemos de realizar. Palabras muchísimas como que nada cuesta proferirlas; sacrificios, muy pocos ó ninguno. Por supuesto cuando se trata de caminos; que en cuanto á defender la integridad territorial el pueblo Ecuatoriano es sin segundo. Y al afirmar esto no creo que me engaña un patriotismo exagerado. En 1894 como en 1910 el Ecuador era un cuartel de voluntarios y, haciendo imponderables sacrificios, se acumularon fondos para el proyectado ferrocarril al Curaray. Aquí añadiré que gran parte de la trocha de esta proyectada vía tan deseada fue trabajada bajo la dirección de los Misioneros de Canelos y con una economía inusitada en estos tiempos.

Vuelvo á repetir ¿qué más podríamos hacer? cómo podríamos hacer caminos cuando el Supremo Gobierno con recursos cuantiosos no los hace?

Quando el ~~Minro. Sr. Riera~~ se detiene á comprender

la exploración por Huamboya fue por que el mal llamado camino de Macas era inconvertible en carretera y por que las excursiones del R. P. Vacas Galindo, por la orilla derecha del Upano, dieron un resultado negativo. Ultimamente se ha recorrido de nuevo por este último punto, llamado *Lajas*, sin mayor éxito que en épocas anteriores. Por el contrario, el proyectado trayecto de Huamboya resultó ser la *única vía factible*, según el juicio del Ilmo. Riera y de los *ingenieros selváticos* de Macas y del Chiguasa que en el dédalo intrincado de nuestros bosques, han manifestado ser los mejores que ha tenido nuestra región Oriental, desde que son los únicos que han trasado las sendas que actualmente existen, sin más instrumento que *el ojo*. Y que lo tienen bueno pueden atestiguar los ingenieros nacionales que acaban de recorrer aquel territorio.

En mayo de 1893; reunido algún dinero, regresaron á Macas dos Padres y un Hermano converso con algunos obreros de Quito para edificar un nuevo Convento y una nueva Iglesia. Mientras se levantaban estos dos edificios, se apoyaba la instrucción de los niños, ya compartiendo el trabajo con el institutor, ya acogiéndole á éste en el Convento y haciéndole partícipe de la frugal mesa de los Misioneros, puesto que el Gobierno le pagaba mal ó nunca, y les era imposible tomarse á pechos por completo el cuidado de la escuela, distraídos como se hallaban en dos obras materiales que demandaban mucha atención. No obstante se hizo un nuevo viaje hacia Méndez para reconocer y comprobar que el Upano formaba el Santiago y no el Morona; verificóse nueva excursión por la proyectada vía de Huamboya, mandando edificar una residencia en la orilla del río Chiguasa del Norte, donde se logró reunir un núcleo regular de familias jívaras, y siendo el punto de partida para las excursiones á Huamboya.

Sin esperanzas de apoyo oficial buscamos el de dos compatriotas que llegaron á formar dos establecimientos agrícolas en el trayecto de la vía proyectada: el de los Sres. Dr. Agustín T. Rodríguez y Dn. José Rivera E. Quienes habían invertido regular cantidad de dinero en formar dos haciendas, bien podían sacrificar algo más con la esperanza de reportar más tarde pingües utilidades desde que, hecho el camino, era fácil la exportación de los productos del bosque á la Sierra. Hízose el convenio, comprometiéndose los

Misioneros á trabajar el camino desde Macas hasta la hacienda Sta. Ana del Dr. Rodríguez y este Sr. con Rivera hasta el paso de la Cordillera. Ya creíamos ver realizados nuestros proyectos, cuando el trastorno político de 1895 vino á deshacer aquellos ensueños.

El Dr. Rodríguez fue el primero en abandonar su establecimiento y, años después, el Sr. Rivera, hombre azás constante y apto para empresas arduas. Nos vimos nuevamente reducidos á la impotencia y finalmente obligados á abandonar el Pueblo de Macas en 1898 por falta de dinero y escasez de personal, puesto que tuvimos cuatro Padres expatriados por el Gobierno de entonces.

El M. R. P. Fr. Enrique Vacas, Provincial á la sazón, fue quien, después de haberse entendido en Roma con la Autoridad competente, entregó aquella Parroquia al Rdm. Sr. Dr. Dn. Eduardo Alvarado, Vicario General de la diócesis Bolivarense. Era necesario reconcentrar el personal en la Misión de Canelos tan querida para nuestros Padres, y víctima también en esos días de perturbaciones inauditas. Hasta el presente su Excia. Rdma. habrá observado que los enemigos de los Misioneros eran elaboradores de aguar-diente y negociantes en cabezas humanas disecadas; enemigos bien ignobles por supuesto y que nos honraban con su enemistad.

En 1896 Canelos se vió perturbado, gracias á la revolución triunfante en la Vicaría del Napo. Las autoridades de ese departamento no dejaron de manifestar el deseo de venirse á Canelos en son de guerra; pero nuestros Misioneros eran ecuatorianos que no hubieran talvez tenido la tolerancia y mansedumbre de los Padres Jesuítas, extranjeros entonces en su mayor parte. Y luego ¿por qué se había de temer á revoltosos en un territorio que se hallaba fuera de su jurisdicción? y ¿por qué motivo? Los Padres conservaron la tranquilidad, si bien notaban que algo siniestro se proyectaba por algunos indios. Empleados por nosotros en el Convento se hallaban Dn. Mariano Iturralde y dos hijos suyos, motivo entre otros más que suficiente para ser gratos con sus benefactores; mas como la humanidad anda trastornada, Dn. Mariano formó sin duda el proyecto de apoderarse de cuanto los Misioneros tenían en el Convento de Canelos, proponiéndose la expulsión de éstos con el sacrificio provechoso, para él de unas cuantas cabezas de gana-

del Napo á Canelos por el R. P. Fr. Pedro Guerrero Sosa.

A los amigos del aguardiente é inhumanos negociantes de *tzantzas* venía á añadirse un amigo de lo ajeno, es decir, un ladrón en ciernes á más de ingrato. Este hombre ni siquiera era comerciante en caucho por profesión puesto que era empleado del Convento. ¿Qué le movió á trabajar en contra de los Padres? No otra cosa que el deseo de apropiarse de lo ajeno.

Entonces, como hoy, vivía el indio conocido por el apodo de Palate, siendo su propio nombre y apellido Eustaquio Illanes; éste anhelaba dominar no sólo en los Pueblos del Bobonaza sino también en algunas tribus jívaras. Años antes el General Veintimilla habíale obsequiado en Quito un magnífico uniforme de Coronel de ejército y una tizona. Con unas cuantas palmaditas en el hombro le dejó armado capitán, lo que le envaneció sobremanera, creyendo que todo se doblegaría á su voluntad en el Bobonaza. No se le puede negar á Palate aquellas dotes que son propias de un tribuno. Aunque pequeño de cuerpo y calvo por añadidura, tenía el poco cabello que le restaba ensortijado, lo que es muy raro entre los indios, y para él era lejítimo título de orgullo, pues se creía descendiente de un caballero de Cuenca. Durante su vida había dado muestras de valor en las guerras con los jívaros de Macas; astuto, verboso, hipócrita, elocuente, fascinaba con facilidad. Añádase á lo dicho que se imponía más entre los suyos por la fama que tenía de ser brujo de los finos. El Sr. Iturralde, un verdadero Maquiavelo de aldea, descubrió pues en Palate un buen instrumento para llevar á cabo sus planes proditorios; para ganarle por completo, le aseguró que también él era Illanes, no sé por qué lado. El tribuno indio se tragó el anzuelo, poniéndose á las órdenes de Iturralde. Del Napo, se decían, han expulsado á los Jesuítas sin responsabilidad alguna. ¿Por qué no podremos hacer lo mismo aquí con los demás?

Los antiguos Misioneros de esta región no permanecían estables en Canelos que, sesenta años atrás, era la única población en el Bobonaza, viéndose obligados á emprender largos viajes por el Amazonas y el Huallaga en busca de sal para el condimento de los alimentos de los feligreses y del *ticuna* para envenenar las saetas que servían para la cacería. Los in-

vida en la cual predominaba la embriaguez con todas sus consecuencias. ¿Qué hacían, pues, para que el Padre se viese obligado á alejarse aun que sea temporalmente, dejándoles en libertad para sus orgías? Nada más que abandonar el Pueblo sin contar con el Padre. ¿Qué partido debía tomar éste? Pues salir á la región interandina ó emprender viaje á la amazónica en busca de provisiones para sí y sus ingratos feligreses, á fin de no perecer de hambre en el pueblo. Los indios, como se ve, hacían gala de ejercer un pesado despotismo sobre el Misionero, apesar de los beneficios que de éste recibían. Por esta razón no permitían que el Padre tuviese un Convento sino una miserable casa de caña y paja; nunca le dejaban hacer una chacra ni plantar siquiera unos cuantos árboles frutales.

Ansiaban libertad para sus orgías y nada más. Los indios son niños-viejos, aun que parezca una paradoja; se dejan llevar del capricho y tienen como regla invariable de conducta la tradición de sus mayores se trate de algo absurdo. Cuánto se ha debido luchar, por ejemplo, para que los cadáveres no sean sepultados en la Iglesia con detrimento enorme de la salud, en un clima bastante mal sano, y aun más, dada la costumbre de enterrarlos á un palmo de profundidad!

Concluido el regular edificio que sirve de Convento en Canelos, el R. P. Sosa emprendió en 1894 y 1895 en la obra de una nueva Iglesia que mereciese tal nombre y en la cual no se permitiría sepultar cadáveres, dejando, para este objeto convertida la vieja Iglesia en cementerio.

Esta determinación que se llevó á cabo, á pesar de las prótestas de los indios, fue el motivo único para el trastorno que voy refiriendo. Muchos indios se habían convencido de lo bueno y útil de la reforma introducida por los Padres después de varios años de preparación, pero no se atrevían á manifestar tales sentimientos de temor á la hechicería de Palate quien no perdía ocasión para decir á los Canelenses. “¿Para qué se ha construido este caserón de madera? ¿para qué tanta chacra, cuando no falta comida en las nuetras? ¿para qué estos ganados, y por qué se aumenta el número de trabajadores y misioneros?”

Asi se expresaba Palate viendo que los Padres vivían por su trabajo sin mayor necesidad de los

tento de estos, imbuyéndoles en el proyecto de salir á la sierra y de pedir al Gobierno Padres Franciscanos, quienes decía, viven sólo de lo que les obsequian los fieles sin tener chacras, ganado, ni dinero. Estos Padres nos conviene pedir á fin de que permanezcan con nosotros sólo mientras lo querramos. Tal como lo pensaron, intentaron llevar á cabo, saliendo á Quito en 1896 y presentándose al general Dn. Eloy Alfaro. Pero, para esto, junto con Ituralde aconsejó Palate á los demás indios el *miticushca* [huida al bosque,] abandonando el poblado; recorrió los pueblos de Pacayacu y Sarayacu haciendo lujo de elocuencia y amenazando con la *chonta de la brujería* á quienes le desobedeciesen. Los habitantes de Pacayacu, buenos por punto general, diéronle higas al tribuno del Babonaza, siendo motejados desde entonces con el apodo *zupay-runa* (hombres perversos) por los revoltosos.

Es de notar que todos los indios del Oriente son extremadamente supersticiosos y tienen temor pánico á los que se dan de brujos; con todo los pacayaquenses no tuvieron en cuenta las razones y amenazas de Palate, permaneciendo fieles á los Padres.

En Sarayacu logró aquél conseguir algo de varias familias que componen el *partido bajo* las que optaron por el *miticushca*, sometiénndose á privaciones múltiples en el bosque, según ellos mismos me han referido.

En Canelos sabían los Padres cuanto se tramaba por medio de los indios que les eran fieles, aunque también optaron estos por el éxodo del Pueblo por temor á las amenazas de Palate. Este les prohibió hacer fuego el día para no ser descubiertos por el humo, y hasta á los pobres gallos se les atravesó la garganta con una saeta para que no cantaran. El Padre Sosa, con abnegación rara y acompañado de algunos empleados y comerciantes del lugar, recorrió el bosque en busca de los fugitivos, hallando á muchos y reduciéndoles al Pueblo, sobre todo, en Sarayacu. Todos los comerciantes prestaron á los Padres, su valioso apoyo, contingente que no podíamos menos de agradecer.

El gobierno del General Alfaro envió á Canelos al Sr. Dn. Cornelio Ricaurte con el cargo de comisario del Cantón para ver y examinar la verdad de las quejas de los indios contra los Padres. Este Señor procedió con marcada prevención contra los Misioneros y El gobierno del Ecuador. Ingeniero Espejo

Secretario. ¿Qué justicia ni qué imparcialidad se podía esperar? Tuvimos pues que, apelar al Supremo Gobierno al que aun llevamos un certificado sobre la conducta desinteresada y correcta de los Misioneros dado por el mismo Señor Ricaurte después de tomados por éste los informes que creyó necesarios de los indios y de los comerciantes.

En vista de la documentación presentada, el Sr. Dn. Abelardo Moncayo, entonces Ministro de Estado, nos hizo justicia, en este punto, prestándonos luego el apoyo moral de que habíamos menester é impidiendo que fuésemos molestados por la autoridad local en alianza con los descontentos.

Esto sucedía en 1897, y en el siguiente año, pasado el mal humor de los *niños-viejos*, aceptaron la nueva Iglesia, quedando la antigua para cementerio. La implantación de una reforma higiénica, que no se la había podido llevar á cabo desde la fundación de Canelos, sirvió de pretexto para dicha perturbación que hubiese sido prontamente sofocada sin la instigación de Iturralde. Más de cuatrocientos Canelenses murieron en el bosque víctimas de graves enfermedades, padeciendo enorme detrimento la población que ha dado colonos para otras y ha servido de baluarte contra las incursiones de los jívaros de Macas.

A principios del año 1898, un día domingo, vinieron los mayores del Pueblo antes de misa, como es costumbre, para manifestar las amonestaciones ó advertencias que se debían hacer á la gente. “Padre, díjome Palate, estás sufriendo mucho porque vivimos ya cual si fuésemos infieles: queremos corregirnos y vivir como cristianos.” Está bien, le repliqué, y nos dirigimos á la iglesia para la Sta. Misa. Cuando intenté dirigir la palabra á los concurrentes, después del rezo de la doctrina y poniéndose en pie Palate díjome; “calla Padre, que yo voy á tomar la palabra”; déjeme hablar y escuché una arenga fogosa, elocuente, viva en la cual el orador pintó la generosidad y el sacrificio de los Padres en contraposición á la ingratitud que habían manifestado los indios en el *miticushca*. No dejaban los oyentes de extrañar que, el causante de tamaño perjuicio, fuese precisamente su condenador, el que hacía recaer toda la culpabilidad en quienes sólo habían sido víctimas del engaño y de las amenazas del tribuno. No faltaron por tanto exclamaciones y muestras de desaprobación. Tendríamos por hipó-

gonzados, vinieron al Convento á pedirnos perdón proponiendo no dejarse arrastrar más por charlatanes. “Padre, me decían, hasta hemos perjurado por que así nos aconsejaron; pero nunca quisimos poner nuestras manos sobre vuestras personas, pues hasta nos dijeron que os matásemos. Nunca tal hicieron nuestros Padres”.

Excmo. y Rmo. Señor, los indios quichuas y záparos son por punto general buenos, aunque á veces, caprichosos como los niños mal educados á los cuales no se puede complacer siempre en lo que apetecen. Desde el año referido de 1898 hasta el día de hoy no tenemos motivo de queja: los indios nos son completamente fieles, apesar de un novísimo enemigo y flamante calumniador que procura indisponerlos contra nosotros, como lo verá luego.

De lo anterior puede colegir Su Excia. Rma. cuánto trabajo demanda la implantación de alguna reforma entre indios aferrados á las costumbres de sus mayores. De dos años á esta parte existen ya ó serán edificados pronto cementerios en todos los pueblos, quedando las iglesias consagradas exclusivamente al culto.

Los Sarayaquenses, más adictos á Palate, se opusieron á todo trance á que hiciésemos en 1895 una *caspi-huasi* (Convento de madera), cuando teníamos el material preparado á costa de gastos considerables. Hubo que temporizar entonces con los indios que distrajeron buena parte del material, llevando el resto para restaurar el convento de Canelos. Hoy sería fácil edificar un convento nuevo, pero no alcanzan los recursos pecuniarios sino para la conservación y reparación de los edificios existentes, y esto, con economías que representan sacrificios no despreciables.

Proceden pues injustamente quienes nos acusan de no emprender en obras de mayor utilidad; y lo peor del caso es que tales acusaciones y quejas nacen ordinariamente de individuos á quienes también nosotros pudiéramos preguntar: y vosotros con pingües sueldos que recibís de la Nación y con obligaciones anexas al cargo que desempeñáis ¿qué obra buena hacéis? ¿qué habéis dejado en el oriente en beneficio de los indios? tenemos, Excmo. y Rmo. Señor, que dar cuenta á quienquiera que se le antoje pedirnosla, sin que se nos haya dado *de qué* rendirla. Injusticia, he dicho antes, que procede ó de irreflexión ó del ~~Subterfugio~~ ^{Subterfugio} ~~de~~ ^{de} ~~Escudo~~ ^{de} ~~Trujillo~~ ^{de} ~~Á~~ ^{de} ~~per~~ ^{de} ~~nuestros~~ ^{de} ~~fiscalizado~~ ^{de}

res officiosos!

Una de las mayores dificultades, entre las que rodean al misionero, es la repugnancia que tienen los indios para permitir que sus hijos concurren á las escuelas ó se dediquen al aprendizaje de algún oficio.

En el Vicariato del Napó fué esta labor menos ardua, por la mejor índole de sus moradores, y los RR. PP. Jesuítas pudieron, aunque con gran esfuerzo por cierto, fundar escuelas de niños y niñas bajo la dirección de las abnegadas Hermanas del Buen Pastor. Ellas desaparecieron arrastradas por el formidable aluvión que, en 1895, inundó cuanto de recomendable y provechoso tenía el Oriente.

Los misioneros dominicanos de Macas establecimos también dos escuelas en ese pueblo y otras dos en las jivariás inmediatas, sin que hubiéramos logrado efectuar iguales establecimientos en los pueblos del Bobonaza, en los que resultó imposible hacer comprender al indio la necesidad que tienen de intruirse. “De nada nos sirve la escuela; dice el indio; para satisfacer las exigencias de la vida es innecesaria la *quillea* (el libro): eso está bueno para los blancos. Al mandar nuestros hijos á la escuela, perdemos el trabajo de ellos en las chacras y nos vemos privados de su auxilio en la cacería. Porque nuestros hijos sepan leer y escribir no hemos de hacer mejores cosechas ni mucho menos tener abundante caza”. Y con tan estrafalarias, aunque en ellos arraigadas convicciones, han resistido siempre á la labor del misionero en pro de la educación de esos desgraciados seres.

Con el fin de obtener algún resultado satisfactorio en tan importante materia, organizamos en nuestro convento clases de instrucción para los niños huérfanos, los que, en breve, alcanzaron no despreciable adelanto. Hablaban ya en español, leían y escribían con alguna corrección y comenzaban á dar los primeros pasos en el aprendizaje de las diferentes materias que, entre nosotros, comprende la enseñanza primaria, sin que para ello tuvieren graves dificultades que vencer, porque el indio, especialmente en los primeros años de la vida, es vivo é inteligente. Mas los malos consejos de los parientes y allegados de los educandos que habíamos logrado reunir, volvieron pronto estéril aun este medio de mejoramiento de esa raza altiva, pero desgraciadamente salvaje. Varios de esos alumnos huyeron del convento, instigados por las murmuraciones con-

guno de los suyos saliera de la esfera en que desde sus antepasados habían vivido, razón por la cual nos resolvimos á traer, á los pocos que nos quedaron, para educarlos en nuestras casas de las capitales de las provincias interandinas.

Teníamos sobre todo cuatro alumnos á los que creíamos completamente transformados, por el esmero que habíamos puesto en educarlos y por los progresos que ellos mismos alcanzaron en tan difícil labor; pero nuestro juicio salió completamente fallido. Convenidos de nuestro triunfo y con la esperanza de tener en ellos un poderoso auxilio para nuestros ulteriores trabajos, volvimos á llevarlos á Canelos en 1897, y cual no sería nuestra sorpresa cuando, quince días después, desaparecieron del convento, se internaron en los bosques y volvieron á su antigua é inculta vida. Años más tarde se nos presentaron á solicitar les administráramos el sacramento del matrimonio, ¿Por qué os escapásteis? les preguntamos con cariño. “Pues, porque así nos lo aconsejaron los viejos”, fué su respuesta. Aun existen dos de estos infelices, á los que los compañeros les agregan la palabra *castellano*, después de su propio nombre, porque no han olvidado por completo, no obstante el tiempo transcurrido, nuestro rico y cadencioso idioma.

Pero este hecho, al parecer increíble, resulta todavía insignificante, Excmo. y Rmo. Sr., comparado con el que voy á relatarle y que me lo refirió el Rmo. Du. Domingo Comin, Superior de los Padres Salesianos en el Ecuador. Estos virtuosos sacerdotes recogieron un niño jívaro de Gualaquiza, y lo educaron con el mayor esmero durante varios años. Creían vencida ya la naturaleza rebelde del adolescente jívaro, al que suponían un hombre completamente civilizado, y, en premio de tan notable como alagadora transformación, lo llevaron á viajar por varias ciudades de Europa y, si mal no recuerdo, en Roma, aún le presentaron al Soberano Pontífice. ¿Qué más podía hacerse? Pues bien, de regreso al Ecuador el tan distinguido neófito, se escapa de la casa de sus protectores, se interna en el seno del bosque y vuelve á las *ollas de Egipto*, con gran sorpresa de los que tanto se habían esmerado por convertirle en un ser instruido y culto. (1)

(1) Sobre este asunto puede verse el informe del Go-
Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo".

Por nuestra parte, si no hemos llegado á envíar jívaro alguno á Europa, hemos hecho en cambio, con el auxilio de la Providencia Divina, cuanto humanamente ha estado á nuestro alcance para mejorar la condición de esos infelices hermanos nuestros. Mas, por desgracia, todos nuestros esfuerzos han resultado nugatorios.

En la segunda parte, de esta relación, al ocuparme en mi viaje á Macas, trataré detenidamente de los jívaros y entonces, expondré el juicio que tengo formado sobre esta raza al parecer hasta aquí, indómita y rebelde á la vida social. Continuaré ahora tratando del establecimiento de escuelas en la región oriental, aunque es ya poco lo que me resta decir sobre la materia.

El Gobierno del Ecuador paga actualmente institutoras, en varios pueblos, siendo estas, por lo general, las esposas de los Tenientes Políticos. Y bien ¿qué resultado se ha obtenido de dichas institutoras? Ninguno que yo sepa y esto que las autoridades tienen leyes especiales para hacerse obedecer en la materia y disponen de medios coercitivos para no quedar burladas. El indio, lo repetiré, no gusta de ocuparse sino en aquello que le da resultados materiales é inmediatos para la vida, y como ve que nada le produce la escuela, no la frecuenta por más que se haga. Agréguese á esto el poco interés que manifiestan las agraciadas con esos cargos por el cumplimiento del deber y se tendrá que es completamente perdido el gasto que hace la Nación con el sostenimiento de las tales institutoras.

El R. P. Magalli en una de sus importantísimas cartas se ocupó detenidamente en este punto y así creo innecesario insistir algo más sobre él. Rechazaré sí, con energía, la impostura con que nos regala cierto mal hombre al asegurar, con descaro y cinismo inauditos, que los misioneros nos oponemos á que los niños concurren á las escuelas. Consta á los Tenientes Políticos y á todas las personas honradas que habitan en las selvas, los esfuerzos de todo género que hemos hecho y hacemos por la instrucción de los pobres indios especialmente de los niños á los que, en los días de doctrina, se les da instrucciones orales y concretas sobre cuanto creemos pueda contribuir á su mejoramiento material y moral. Además desde el año de 1888 sostenemos, no obstante la escasez casi absoluta de *Biblioteca Nacional del Ecuador* *Magallo* Especialmente

carpinteros, y hacemos cuanto está de nuestra parte para que los indios se dediquen al aprendizaje, aunque sea elemental, de cualquiera de las artes que esos artesanos poseen. Si no alcanzamos frutos dignos de codicia, no es por cierto, nuestra la culpa.

La calumnia de nuestro nuevo detractor desmentida está por la verdad de los hechos, sin que del poco resultado que alcanzamos con nuestro sacrificio seamos responsables los que sin interés alguno, y sin otra mira que la de hacer el bien, nos hemos impuesto la obligación de vivir vida llena de privaciones y amarguras. Vamos á otra cosa.

Dije antes á S. Excia. Rdma. que en 1887 existían en las márgenes del río Bobonaza las poblaciones de Canelos, Pacayacu, Sarayacu y Andoas en el Pastaza. Agregaré ahora que, de entonces á esta parte, se han fundado los pueblos de *Juanjiri*, *Santa Rosa*, y *el Puyo*, y se ha incorporado á nuestra Prefectura el del alto *Curaray* que pertenecía antes á la Vicaría del Napo.

Nada diré de Canelos, asiento principal de nuestras labores, ni de Sarayacu y Pacayacu establecidos hace cosa de sesenta años más ó menos; pero si creo necesario el ocuparme en referir, aunque someramente, algo que se relaciona con la vida histórica de las demás poblaciones indicadas.

Comenzaré por Andoas, el pintoresco pueblecito inmortalizado por uno de los más ilustres ingenios del Ecuador. Andoas, esa simpática población en la que se desarrollan las principales escenas de la infortunada Cumandá, tiene para los ecuatorianos doble valor: el histórico, de antiquísimo origen, y el literario con que la dotó la magistral pluma del primero de los novelistas sudamericanos, D. Juan León Mera, escritor castizo, académico renombrado, poeta de alto vuelo, y, especialmente, católico convencido y sincero. Andoas es, pues, conocida no sólo por todos nuestros compatriotas, sino por el mundo todo civilizado y culto, aun cuando únicamente sea por las bellísimas y muy exactas descripciones en que abunda la magistral producción del más notable de los hijos de la hermosa provincia del Tungurahua.

Pero, por desgracia nuestra, cuanto mayor ha sido la importancia de ese precioso pedazo de nuestra patria que jamás dejará de ser ecuatoriano, tanto más grandes han sido sus infortunios! En Andoas, como en casi todos

dos bandos: el *partido alto* y el *partido bajo*. Esta funesta división, causa de constantes disturbios, y aún de verdaderas guerras entre sus tenaces moradores, ha tomado en Andoas mayores proporciones por la tradición, fielmente conservada, de no existir entre ellos la indispensable unidad de procedencia.

Los del *partido bajo* se creen los fundadores del pueblo, hablan un quichua poco parecido al de sus vecinos del Bobonaza y Amazonas y sí muy semejante al en que se expresan los indios del Azuay, de Loja y del Napo. Los del *partido alto*, llamados *shimigayes*, por el dialecto que les es peculiar ó acaso por ser originarios de los sitios que nuestros antiguos geógrafos designaban con el nombre de “el país de los gayes” fueron, acaso desde las faldas del Altar, en peregrinación sucesiva, hasta llegar al punto que ocuparon entonces y conservan todavía. Estos hablan ya el quichua de los del *partido bajo*, á los que, á su vez, han enseñado el *gaye*; pero hay tal separación entre los dos grupos, que es muy rara una alianza de matrimonio en los individuos que los forman.

Esta terrible división entre los moradores de un mismo lugar ha sido causa de que Andoas hubiese sido destruida en más de una ocasión. Además, la circunstancia de hallarse situada en un punto del Pastaza por el que necesariamente tienen no sólo que transitar, sino que hacer escala en el cuantos viajan del Bobonaza á Iquitos, ha puesto aquella población en contacto constante con los comerciantes peruanos, que son, por lo general, en la región amazónica, hombres sin conciencia, sin noción alguna de justicia, mucho menos de moral, y por lo mismo aptos para llevar á cabo toda clase de iniquidades con los infelices indios, á los que explotan de manera escandalosa y cínica. Estos hombres sin corazón, han fomentado y fomentan siempre que creen obtener alguna ventaja pecuniaria, la odiosidad que existe entre los que componen los dos bandos parciales á que me refiero.

En 1887, los peruanos, arrojados del Bobonaza por la intrepidez y el patriotismo de los misioneros dominicanos, pretendieron plantar sus reales en los campos de Andoas y contribuyeron poderosamente para que, una vez más, desapareciera aquella vistosa población. A éste propósito recordaré, con fraternal cariño, el nombre del R. P. Fr. Pío Becerra, uno de nuestros más abnegados misioneros, desde cuando aceptó la Orden de Biblioteca Nacional del Ecuador Escuela Epistólica de

Canelos. Este virtuoso sacerdote, lleno de celo apostólico á la vez que de amor patrio, se había constituido, con sus muy pocos compañeros, en centinela avanzado de la integridad territorial y de la honra de la República. Entre muchos hechos, que confirman esta verdad, citaré uno sólo que retrata perfectamente el carácter de aquel discípulo de Jesucristo, cuya prematura muerte lamentamos de corazón cuantos tuvimos la suerte de admirar sus nada comunes virtudes.

Hallábase el R. P. Becerra en uno de los pueblos del Bobonaza, cuando se le dió aviso de que varias canoas habían atracado al puerto. Al instante dirigióse á ver á los nuevos huéspedes, y después de breve conversación con éstos, comprendió perfectamente bien, no obstante la falacia de ellos, el objeto de la inspectora caravana. Se trataba, nada menos, que de tomar, á nombre del Perú, posesión del río *Balsa-yacu*, rico en terrenos auríferos de aluvión, y con tal objeto, á más de las correspondientes autoridades, se llevaban al Notario y á los testigos necesarios para consumar el acto.

El patriota dominicano, al ver que una vez más se quería violar escandalosamente el exclusivo derecho ecuatoriano en aquellas regiones, monta en justísimo coraje, y aun que no cuenta con otras armas que las que le proporcionan su denuedo y patriotismo, previene á la falange invasora la inmediata desocupación del terreno que trataban de usurpar y le señala un perentorio plazo de pocas horas para que se cumpla lo ordenado por él. Los peruanos tuvieron, pues, que retroceder avergonzados, ante la amenazante actitud del fraile dominico.

Así, Excmo. Sr., hemos sabido los misioneros ecuatorianos cumplir con los deberes que Dios y la Patria nos imponen.

Pero, volveré á mi interrumpida relación.

De 1887 á esta parte, Andoas ha sido repetidas veces destruida directamente ó por instigación de los peruanos, pero restaurada al momento por los misioneros dominicanos. Perdóneme V.E., en atención al lugar de donde le escribo, puerta de nuestra región oriental, que no le cite las fechas precisas de aquellos lamentables sucesos, por que no dispongo aquí de otros elementos que los que me proporciona la memoria, los breves datos que he tomado en el viaje de cinco British Naturalists ~~que~~ ~~de~~ ~~la~~ ~~caja~~ "por aquellas

precioso pueblecito que tanto ha despertado la codicia de los tenaces enemigos de nuestra integridad territorial.

Andoas me parece una nueva *Jerusalén india*, azotada constantemente por la ambición peruana, que hace con ella, lo que, con la antigua hacían los Persas los Sirios, los Egipcios y los Romanos. Los moradores de aquel infortunado y cien veces reconstruido pueblo son las víctimas constantes de los innumerables atropellos, de las infinitas exacciones, de los crímenes sin cuento con que á diario les regalan los que, atraídos por infame lucro, pretenden ser sus dominadores. De allí el que los andoanos, como los judíos por la redondez del orbe, se hallen hoy día dispersos por todos los pueblos y ríos de la región amazónica. Los Padres dominicanos de la misión de Canelos y en particular el R. P. Becerra antes citado y el no menos intrépido y celoso R. P. Fr. Pedro Guerrero Sosa, en los años de 1889-1890, tienen entre otros el mérito de haber restablecido Andoas con los pocos indios que lograron escaparse de los trabajos en caucho en las montañas del Tigre y del Ucayali, á los que fueron llevados en verdadero cautiverio por nuestros nada escrupulosos vecinos del Sur.

En el citado año de 1897, cúpolo también en suerte, al que escribe esta carta, llevar á cabo un nuevo restablecimiento de Andoas. Los hechos, más ó menos, se realizaron en la forma que paso á exponer.

Vista la inaplazable necesidad de la conservación de ese simpático pueblo, me dirigí á él, en el mes de setiembre de aquel año, acompañado por el veterano de nuestras misiones, Fr. Simón Hurtado y por el Sr. D. Efrén Reyes comerciante ecuatoriano. Llegamos á Andoas y no encontramos sino ruinas. Ni uno sólo de sus anteriores habitantes existía en aquel lugar y sólo pudimos ver que un tigre devoraba tranquilamente dos cadáveres que habían quedado como resultado del último asalto, y á los que sus deudos, de seguro, no alcanzaron á dar sepultura, por la precipitación de la fuga. Tan doloroso espectáculo no pudo menos de afectarme hondamente.

Por fortuna, llevaba en mi compañía, por haberla encontrado en el camino, á una familia andoana, escapada de la última refriega y que trataba de formar sus chacras en las orillas del Bobonaza.

Por el jefe de esta familia me había va impues-

to, durante el viaje, de la verdad de los últimos acontecimientos y de los lugares que ocupaban los beligerantes. Los del *partido bajo* estaban en *Huagrapona*, unas diez leguas al sur de Andoas, y los del *partido alto* en *Capahuari*, seis leguas más ó menos al norte de la misma población.

Mandé al indio aquel, que pertenecía á los del *partido alto*, para que llamara á sus compañeros, y me quedé, con los míos, en espera del resultado que debía traerme en el menor tiempo posible. Al tercer día, á las 4 de la tarde, más ó menos, ví con placer, que descendía por el río una numerosa escuadrilla de canoas, á la que presidían dos que hacían como de descubierta. Venían en ellas diez ó doce familias, siendo casi todos los que les formaban, jóvenes de suaves modales y de simpática fisonomía.

Recibido el saludo por mi parte y oída que les hube la relación de todas sus desdichas, les manifesté el objeto de mi viaje, reducido á procurar la pacificación de los ánimos y á buscar la unión entre los habitantes de Andoas. "Esto es imposible, me replicaron. Si te llevamos para que hables con nuestros enemigos, como lo deseas, éstos nos han de matar inmediatamente. No cuentes con nosotros para pretender ganar la voluntad de los del partido bajo".

No quise insistir ante tan terminante negativa, ni me pareció prudente hacerlo en atención á que aun permanecían frescos los charcos formados por la sangre derramada en el último asalto. Determiné, pues, de acuerdo con los indios, el que formaran una nueva población, bajo la desembocadura del Bobonaza en el Pastaza, labor á la que se dedicaron inmediatamente con entusiasmo. El nuevo pueblo fué bautizado con el nombre de "La Unión", y en verdad surgió de modo muy rápido, debido al interés de los fundadores y al apoyo del honrado comerciante Sr. D. David Estrella B. que no vaciló en establecerse allí con el fin de proveer de mercaderías y herramientas á los indios. La Unión sirvió en breve de residencia á los Sres. Jefe Político y Comisario fiscal del Cantón Pastaza y á sus respectivos secretarios, los que tenían, además, á sus órdenes, unos pocos guardas.

La historia de este nuevo pueblecito, como la de casi todos los del oriente ecuatoriano, es azás do-

firieron las penalidades del bosque al que tornaron, si no lo recuerdo mal, en el año de 1905. Sin embargo en el viaje que acabo de hacer, como luego lo verá V. E., me consagré con empeño á su restablecimiento: Dios le libre de un nuevo siniestro.

Pero, séguiré adelante, porque si en esta relación doy cabida á cuanto pudiera decir á S. Excia. Rdma. sobre los trabajos de las misiones dominicanas en el oriente ecuatoriano, esta carta tomaría las proporciones de un voluminoso libro.

El pueblo del alto Curaray perteneció á la Vicaría del Napo; pero acudió á nuestra solicitud y amparo, después de la expulsión de los RR. PP. de la Compañía de Jesús. Los moradores de este pueblo, fundado por colonos de Canelos y aumentado, luego, por los Záparos que abrazaron la Religión católica, son de índole suave y muy decididos por los misioneros.

En 1898, obligado por las súplicas de aquellos infelices, que, aunque no estaban comprendidos en nuestra jurisdicción, demandaban con insistencia y lágrimas nuestros auxilios religiosos, emprendí viaje al Curaray acompañado por un Hermano converso. Mas como las obligaciones de nuestra Prefectura no me permitían el ausentarme de ella por mucho tiempo, reduje á sólo ocho los días de mi permanencia en ese lugar, temeroso, por otra parte, de verme vencido por las instancias de algunos indios del *Aguano* y de *Puca-urcu* que también me rogaban les visitara. Creí, eso sí, oportuno, movido á compasión, por los indios del Curaray, el hacerles, más ó menos, la siguiente insinuación: "Ved, les dije, que vosotros vivís en la orilla izquierda del río, y siendo éste en la parte superior el lindero que divide el Vicariato del Napo de nuestra Prefectura, vosotros sois extraños á ésta, no pudiendo, por lo tanto, recibir nuestra visita sino de vez en cuando. Si queréis, pues, que os atendamos como á nuestros feligreses, fabricad la iglesia y vuestras casas en la orilla derecha y seréis nuestros y nosotros vuestros servidores".

Mi propuesta fué aceptada con manifestaciones de extraordinario regocijo, y en verdad, un año más tarde se trasladó el pueblo á la orilla derecha, quedando así incorporado á nuestra misión. Desde entonces ha sido atendido periódicamente por nuestros sacerdotes con el interés posible.

meridad que encierra la calumniosa aseerción de un *ex-comensal* del convento de Canelos, de que los indios huyen de la ferocidad de los frailes. Sí, ferocidad hay, sin duda alguna, en quienes destituidos de toda ambición terrena, sacrificamos nuestra salud, abandonamos las comodidades y exponemos la vida, tan sólo por hacer que lleguen hasta las apartadas y enmarañadas selvas orientales los divinos rayos que, bondadoso, lanza sobre el mundo el Sol que brilla en la cima del Calvario. Qué feroces los fraites, Excmo. Sr., y qué humanitarios los que penetran en nuestros bosques sin otro móvil que el de la codicia desapiadada y ruín.

El pueblo de Juanjiri fué fundado por el R. P. Fr. Pedro Guerrero Sosa á los cuatro años, más ó menos, de iniciadas las labores de nuestra Prefectura Apostólica, y con colonos de Andoas escapados de la tiranía de los caucheros peruanos. Yo lo visité en 1897, y entonces apenas se componía de unas cinco familias. Actualmente cuenta con cosa de trescientos habitantes y es el pueblo en el que menos mortalidad existe, especialmente desde que se le trasladó al lugar en que hoy se levanta. Está situado en la orilla derecha del Bobonaza y á unas veinticuatro leguas al sur de Sarayacu.

En el año de 1902, el activo y celoso hermano nuestro R. P. Fr. Reginaldo Van-Schoote, estableció la población de Santa Rosa, la más moderna, por lo tanto, entre las levantadas por nuestra misión. Cuenta con unos cien habitantes entre jívaros, andoanos y pacáyaqueños. Se trata en el día de hacerla cambiar de sitio, pues en el que ocupa se desarrolla con no pequeña fuerza el paludismo, que los indios conocen con el nombre de *chuchchu*. Santa Rosa está situada á cosa de diez leguas de distancia de Juanjiri.

El pueblo del *Puyo* está situado á las orillas del río del mismo nombre y á dos kilómetros del Pindo. Fué restablecido por nuestros misioneros el año de 1899, á los veintinueve años de la absoluta destrucción que sufrió por el feroz ataque de los jívaros de Macas, cuya barbaridad llegó al extreme de no haber dejado con vida, sino á uno sólo de sus moradores, á una india, á la que uno de los indios vencedores hizo, desde entonces, figurar en el número de sus esposas.

Referiré á V. E., aunque en pocas palabras un episodio de la vida de esta desdichada, por hallarse
Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo": tanto arranque

de nobleza no muy común en el corazón de los infortunados moradores de las selvas.

Durante mi anterior residencia en Macas, de 1893 á 1897, cierto día, recibíamos en ese pueblo la visita del Capitán Sharupe acompañado de varios de sus jívaros. Acercóseme entonces una mujer y en voz baja díjome: "Yo soy cristiana, me llamo Ramona y fui bautizada por un padre que vestía como tú. Cuando los *chirapas* (indios de Macas) atacaron el Puyo; Uisuma me salvó de la espantosa carnicería y me tomó por esposa. Vivo, pues, alejada de mi pueblo y esperando me asesinen, á más tardar, después de la muerte de mi esposo, como es de costumbre entre estas gentes". Aprovechéme, como era natural, de la buena amistad que nos manifestaban los predichos jívaros y recomendé á Uisuma, que también se encontraba allí, y á sus compañeros, que respetasen la vida de esa desgraciada. Me lo ofrecieron, y aun cuando dudaba del cumplimiento de esta promesa, supe mucho después, cuando me encontraba ya en Canelos que Uisuma había muerto y que, momentos antes de entregar su espíritu en manos del Creador, ordenó á sus hijos que respetaran la vida de Ramona y avisaran á los parientes que ésta debía tener en Canelos para que fueran á llevársela sin temor alguno. Los hijos cumplieron el mandato del padre y la infeliz cautiva, conducida por un sobrino suyo que fué por élla, recobró su libertad y vive aún rodeada de las consideraciones que le ofrecen sus allegados.

El Puyo cuenta en el día con unas catorce familias entre las que predomina el elemento jívaro, y como tiene un magnífico clima y un terreno en extremo feraz, es seguro que aumentará en importancia, especialmente si se lleva á cabo la proyectada obra del ferrocarril al Curaray, cuya línea pasará por las inmediaciones de aquel pueblo. Existen, además, en el Puyo dos familias de Baños y otras dos de Macas, muy satisfechas del éxito de sus labores agrícolas por las magníficas cosechas que obtienen.

Muy alhagüeño es, pues, el porvenir del Puyo, en el que los blancos son muy bien recibidos y tratados por los moradores. Estos no se oponen tampoco á que sus hijos vayan á la escuela y sólo los separan cuando observan que en ella más es lo que se juega que lo que se estudia. Quieren que el sacerdote no los visite por temporadas, como se estilaba, sino que se establezca entre ellos de modo definitivo y

permanente. “Queremos, me han dicho que á nuestro pueblo se le cambie de nombre y sea él, el mejor de los de Oriente y debes darnos una iglesia y un convento como los de Canelos.” Con el fin de satisfacer tan buenos deseos los misioneros tenemos ya preparado el material necesario para esas construcciones y sólo esperamos hacer algunas economías, no obstante lo exiguo de nuestras entradas, para llevar allá los carpinteros que deben comenzar los trabajos. Los puyenses se indignan cuando se dice que forman parte de la jivaría, pues no aceptan que pueda contarse entre ella á un pueblo cristiano.

El Puyo está situado, más ó menos, á catorce leguas de Baños, y nueve leguas antes de Canelos.

Con estos lijeros antecedentes, que he creído necesario exponerlos, permítame V. E. Rdma., que éntre ya en la relación del viaje que acabo de hacer, en esta mi segunda visita á la Prefectura Apostólica de Canelos y Macas.

En los primeros días de diciembre del año pasado, y como oportunamente se lo comuniqué á S. Excia. Rdma., emprendí desde Quito mi marcha á este lugar. Una semana demoré aquí, mientras preparar lo necesario para la larga travesía por esos seculares bosques y consignir los peones que debían conducir el equipaje, los ornamentos y los víveres indispensables. El 12 de diciembre, ocho baneños, con sendas cargas á la espalda, del peso de cuarenta kilos cada una, comenzaron á desfilir por el recuesto de la cordillera. Llevaba también dos fonógrafos, con abundante repertorio musical, para proporcionar con ellos algún entretenimiento á nuestros abnegados compañeros en las misiones, y sobre todo, porque es increíble el buen efecto que en el sentido del bien produce esta clase de recreaciones en los indios, aún en los más rebeldes.

De Baños al Machay el camino es regular y puede recorrerse á caballo. Fui acompañado en ese trayecto por el R. P. F. José M. Espinosa, Coadjutor de aquella parroquia, y por varios jóvenes del mismo lugar. Muy agradable es en verdad esta primera parte del camino, ya por que atraviesa por hermosas y bien cultivadas haciendas de caña de azúcar, ya también por la buena acogida que tanto los propietarios de esos fundos, como los trabajadores en ellos, suelen dar á sus huéspedes, especialmente si estos son misioneros.

por el Sr. D. Pastor Guevara y su virtuosa señora. Allí me separé de los que me habían acompañado desde Baños, y reunido con todos los cargueros, comenzó nuestra caravana á desfilar, á pié, por esos senderos ordinariamente cubiertos de fango y que, como es natural, vuelven fatigoso y pesado el viaje.

Pernocté, aquel día, en la hacienda "La Victoria", de propiedad del muy laborioso y culto Sr. D. Víctor M. Ortega. Este caballero fué uno de los fundadores de la Colonia Mera, en la que luego me ocuparé aunque muy ligeramente, y merced á su asiduidad y constancia ha logrado formar aquella hacienda, la mejor, sin duda alguna, entre todas las de la comarca.

El Sr. Ortega, según informes que he recibido, milita en el partido liberal; pero como es un hombre honrado, trabajador y sensato, no de aquellos que sólo aspiran á vivir del presupuesto aún á costa de su honor y dignidad, no guarda en su corazón aquella odiosidad gratuita que, contra los religiosos, caracteriza á la casi generalidad de sus correligionarios. Fué atendido y obsequiado por él con exquisita generosidad, al extremo de haber suplido con ventaja la falta de buena parte de los víveres que llevaba, por el atraso que sufrieron dos de los cargueros.

Aprovecho gustoso de esta oportunidad para hacer pública, en esta carta, que pienso darla á la prensa, mi gratitud para con el expresado Sr. Ortega, el que observa siempre igual noble comportamiento con todos los religiosos que forman la misión de Canelos, en su obligado hospedaje en la hermosa propiedad de aquel caballero.

El tercero día llegué á Barrancas, planicie bellísima muy extensa y de extraordinaria fertilidad. En 1904, el Sr. D. Luis Martínez, que desempeñaba el Ministerio de Oriente, se propuso formar allí una colonia agrícola á la que dió el nombre del inmortal cantor de Cumandá. La colonia "Mera" se estableció, pues, con algún auxilio del Gobierno; pero en breve hubo de decaer por varias razones que no creo del caso exponer. Hoy sólo existen allí unas tres familias, las que, desde luego, sacan buenas utilidades del cultivo de esas tierras vírgenes y ricas, que devuelven centuplicada la semilla que el trabajo del hombre coloca en su vigoroso seno.

Creo, sin embargo, que si el Gobierno insistie-
ra en el fomento de la agricultura en esta provincia

con positivo provecho para los que la formen y para el país en general, por que existe allí, entre otros, una positiva fuente de riqueza en el cultivo del tabaco, que se produce en Barrancas, sin gran esfuerzo y de superior calidad, así como el de la paja toquilla.

A este propósito, permítame V. Excia. Rdma., recordarle que, mucho antes, en 1864, si no me engaño, nuestro hermano de religión, Fr. Leandro Fierro, llevó de Daule una familia y varios colonos de Tarapoto, pueblo del departamento de Yurimaguas, en la región amazónica, con el exclusivo objeto de que se dedicasen en Barrancas, al cultivo del inmejorable tabaco que se produce en el pueblo últimamente nombrado, de donde fué traída la semilla para beneficiar á nuestro país. Los resultados obtenidos por el misionero dominicano fueron admirables; por que logró alcanzar en aquellas selvas una espléndida producción de aquella valiosa planta, tan codiciada en el día por, el mundo entero. Por desgracia aquella pequeña colonia desapareció pronto, asesinada por los jívaros de Macas, que la atacaron ruda y sorpresivamente, guiados por la salvaje costumbre de celebrar sus fiestas con las cabezas humanas disecadas, en cuya adquisición y posesión ven ellos algo así como un positivo título de gloria. Quién lo creyera, este bárbaro juicio ha sido causa de que desaparezcan del oriente ecuatoriano, varias poblaciones formadas por el esfuerzo y constancia de nuestros misioneros! Doloroso suceso, que verdaderamente contrista el alma. El mismo Padre Fierro escapó milagrosamente de la carnicería salvaje.

Los actuales moradores de Barrancas me pidieron con insistencia que estableciéramos allí, siquiera sea periódicamente, el ejercicio de nuestro ministerio sacerdotal, ofreciéndome cooperar eficazmente en la construcción de la Iglesia y del Convento. Contéstéles que gustoso accedería á su petición siempre que lograsen aumentar, siquiera con dos familias más, la población que hoy tiene.

De Mera avancé al Puyo, unas tres leguas de distancia más ó menos, y del que he hablado ya á V. E. Los que hemos perdido ya la costumbre de viajar á pié por entre la selva, no podemos hacer sino pequeñas jornadas. Además se iban retrasando los cargueros, agobiados por el peso de los bultos que llevaban, en medio de las constantes lluvias y por entre el barro y las quiebras de esos que, sólo por costum-

la reunión de todos los expedicionarios cuyo número había aumentado con tres indios del Puyo que regresaban de hacer compras en Baños, dos de Canelos que tornaban á sus moradas y un macabeo que recorría esos sitios en busca de cacería. Si llamo la atención de V. E. Rdma. sobre este aumento de número en la comitiva, es con el objeto de manifestarle que, ese mayor número, contribuía poderosamente, á la realización del proyecto, que ha tres años tengo, de procurar la reconciliación y amistad entre los pobladores de las regiones que recorría y los moradores de las selvas de Macas, conocidos con el nombre de *Chirapas*, y á los que bien puede calificarse de verdaderos tigres encarnados en cuerpo humano. Después me ocuparé en este importantísimo asunto, por ahora continuaré sólo con la descarnada relación de mi viaje.

Muchas fueron las atenciones que recibí de parte de todos mis compañeros de viaje. Los indios del Puyo, los de Canelos y el macabeo se disputaban por servirme, prodigándome sus simpatías y cuidados con especial esmero. Aprovechéme, pues, de tan afectuosas manifestaciones, y les dije que, puestas las bases para la restauración de Andoas, seguiría mi viaje hasta Macas, con el objeto de buscar colonos blancos para la fundación de un pueblo en el río Arapicos, llamado también Palora, el que serviría provechosamente á los indios que moran á las márgenes del Puyo, del Bobonaza y del Pastaza. Como no todos oyesen las razones en que, para esta nueva fundación me apoyaba, porque les hablaba caminando, mis oyentes, sumamente interesados, me dijeron: "Padre, descancemos aquí, y te oiremos cuanto quieras". En efecto, me detuve y sentándome al borde de un arroyuelo, les expuse los tres principales argumentos que, entonces, se me ocurrieron, para tal fundación, los que fueron aceptados por todos mis oyentes, especialmente por dos de los indios más vivarachos del Puyo.

Sobre todo, acto continuo se ofrecieron los mismos para servir en la realización del proyecto del modo que yo ordenara; y para asegurar el cumplimiento de lo prometido, uno de los dos predichos llamado Acevedo (Severo) dijo al compañero que tenía el nombre de Melchor: "Hombre, ¿qué esperas? saca una botella de aguardiente, y juremos llevar á cabo el proyecto del Padre, pues tenemos que cumplir lo que él nos mandó." Es necesario que su Excia. Rdma. sepa que, cuando los indios de nuestra Prefectura salieron á la Sierra, lle-

van, como recuerdo de esta, pan y otros comestibles para las mujeres y aguardiente para los hombres, el que lo propinan en cantidades omeopáticas, puesto que apenas compran una botella. Fué un sacrificio el que hicieron. De esta manera solemne para ellos se comprometieron á ir *por primera vez en són de paz*, al territorio de los más encarnizados enemigos, cuyos ataques á traición les preocupa día y noche.

Satisfechos con esta determinación, proseguimos nuestro camino llegando al Puyo á las 3 p. m. del día 15 y siendo recibidos por el P. Vicario General, Fr. Agustín M^a León y Fr. Jacinto Loja acompañados de varios habitantes del lugar. Dos días permanecí en este Pueblo disponiendo la primera expedición al Arapicos, compuesta del Macabeo Venancio Aguayo y de los indios Severo Vargas, Melchor Borja y Sebastián Vargas. Como dos años antes envié mensajeros á los jívaros del Chiguasa y Arapicos anunciándoles que les iría á visitar en tiempo oportuno y tuve contestación satisfactoria; los expedicionarios debían dirigirse solamente al río Arapicos para ver qué habitantes existían en la confluencia de este con el Pastaza y manifestarles que, antes de dos meses, iniciada la restauración de Andoas, emprendería mi viaje á Macas pasando por dichas jivariás.

En estos dos días que permanecí en el Puyo obligué á mis cargueros que adelantasen un día y esperé á dos que no aparecían. El R. P. León quedó encargado de administrar el Sacramento de la Confirmación conforme al último privilegio que obtuve de la Santa Sede.

Acompañado por el Hermano Fr. Jacinto Loja y dos indios canelenses tomé el camino que conduce á las fuentes del río Bobonaza, dejado el de tierra, para tomar el de agua.

A las 4 p. m. encontré á cuatro de mis cargueros perdidos en la selva y desandando el camino de dos días. Tomé pues la carga de ropa y provisiones, dejando en libertad á los extraviados y siguiendo el viaje durante todo el día. El 19 á las 4 p. m., calculando que nos hallábamos cercanos á Canelos, disparamos unos cuatro tiros de caravina para anunciar, como es costumbre, la aproximación de huéspedes. Cuando avistamos la plaza vimos que flotaba el tricolor nacional, al que saludamos con nuevas descargas, quedando muy agradecidos de las Autoridades por ese acto de deferencia.

mos algo inexplicable en lo más profundo del alma cuando contemplamos el emblema patrio; con mayor razón cuando lo vimos flotar en esas soledades. El Ecuador entero conoce que los Dominicanos somos patriotas y que, además de muchísimos abnegados misioneros, en nuestras filas se cuenta un ardiente defensor de la *integridad territorial*. Los buenos y los malos reconocen nuestra labor aunque los segundos no la confiesen, y sólo algunos amigos de elaboración libre de aguardiente, negociantes de cabezas humanas disecadas, un aficionado de nuestros pequeños haberes de Canelos y un inmoral reconocido nos tejen una penetrante corona de espinas. Nosotros, en cambio, estamos satisfechos de nuestro ministerio el que, entre otros bienes, nos ha presentado oportunidad para agradecer á los primeros y perdonar á los segundos como Dios lo manda.

Dejada la canoa, subí al convento y fuí recibido por los RR. PP. Fr. Ambrosio López, Fr. Jacinto Dávila, los Hermanos conversos y demás personal de trabajo. Hiciéronse presentes también el Sr. D. Enrique Trajano Hurtado, Jefe Político del Cantón, el Sr. D. Rodolfo Rojas, Teniente de Sarayacu, acompañado de su Sr. hijo y el Sr. N. Núñez, Secretario del Teniente de Andoas quienes se encontraban ocasionalmente en Canelos y á los cuales conocía por primera vez. Añadiré también, Excmo. y Rdm. Sr., que no faltaron repiques de campanas y salvas de fusilería que no dejaban de ruborizarme.

Mi gozo fué grande al encontrar á los seis Religiosos alegres y sanos, y eso que el R. P. López había llegado el día anterior de los pueblos de Sta. Rosa, Juanjiri y Sarayacu, en los cuales permaneció cerca de un año trabajando constantemente y pagando su tributo á los implacables *fríos* del primer pueblo. Mi intención fué la de no demorar en Canelos, sino aprovechar del verano, que aun duraba en esta región, y bajar directamente á Andoas cuyo restablecimiento tanto me preocupaba. Cuando se viaja en canoa, el verano es propicio, sobre todo, al surcar sin más recurso que los brazos de los bogas; en invierno esta operación es muy pesada y sujeta á peligros por las crecientes diarias de los ríos. Mas mi propósito se vió burlado porque ninguno de mis cargueros avanzó oportunamente á Canelos. unos se cansaron y otros

se extraviaron, teniendo, en consecuencia, que enviar nuevos peones de este Pueblos en busca de ellos.

El 24 en la tarde, llegó uno de los fonógrafos que sirvió para distraer á la Colonia de Canelos en la *noche Buena*.

El 30 del mes recibí ya todas las cargas y pude preparar el viaje hacia el Pastaza, enviando, por medio del correo, cartas á Sarayacu y Juanjiri para que estuviesen listos bogas que nos trasladarían sucesivamente del primero de los pueblos al segundo, y de éste á Andoas.

El 1º de Enero de 1912 administré el Sacramento de la Confirmación á veintiocho niños de uno y otro sexo, y me alisté para proseguir la marcha. El cumplido Sr. Jefe Político comunicó al Sr Teniente de Andoas el proyecto que llevaba sobre la reconstrucción de ese pueblo, recomendándole prestarnos cuanto apoyo creyera conveniente para su eficaz realización; mas dada la animosidad de los indios de Andoas contra las Autoridades, según se me anticipó, estuve decidido á agradecer y no aceptar apoyo alguno de parte de ellas y proceder por cuenta propia, ya que nuestras personas, diga lo que dijere un injusto detractor, son muy bien aceptadas por los indios.

El 3 de Enero salíamos, pues, yo, el R. P. López y el Hermano fr. Jacinto Loja en dirección al *puerto*, acompañados por el culto señor Hurtado, el Sr. Núñez y algunos Religiosos y amigos que nos fueron á despedir. Acomodados ya en la estrecha embarcación, nos dimos el último adiós augurándonos éxito feliz en la empresa, con frases cariñosas acompañadas de salvas de fusilería.

Cuando nuestra canoa se deslizaba sobre las aguas del Bobonaza y perdimos de vista á nuestros cultos acompañantes me decía á mí mismo: qué grata es la armonía á los que vivimos en el seno de los bosques orientales. Y en verdad, Excmo. y Rmo. Señor, sólo aquellos, que podemos calificar de *el vulgo* del radicalismo sectario, no son capaces de comprender la necesidad de esta concordia. El *oriente ecuatoriano*, si en varias ocasiones memorables, ha hecho latir unísono el corazón de todos nuestros compatriotas, sin distinción de coloridos políticos ¿por qué no ha de suceder lo mismo en las épocas normales?.....

De Canelos á Sarayacu, bajando á impulsos del remo y de las palancas, morced á la corriente de las

dose á ocho leguas de navegación diaria. Pero estábamos en los meses últimos del verano y el Bobonaza, que apenas se puede decir navegable en su parte baja y esto sólo en canoas pequeñas, en su parte superior es lleno de correntadas, por lo menos en una extensión de doce léguas. Faltaba pues fondo para el diminuto calado de nuestro barco el que tenía que deslizarse sobre un lecho de piedras ó ser arrastrado á fuerza de brazos. En esta región hay costumbre de navegar, aun cuando los ríos no presten facilidad, por que no hay caminos por tierra; aun cuando los hubiere, los indios prefieren siempre la canoa para no llevar las cargas á espaldas y para apresar con la red el abundante pescado de los ríos. Son razones plausibles que todos los viajeros respetan á pesar de los naufragios que no dejan de verificarse con alguna frecuencia aunque siempre se logra salvar la vida.

Repetidas veces tuvimos que alijerar la canoa para poder avanzar un poco, logrando recorrer apenas unas cinco leguas en el día. La limpidez de la escasa agua del Bobonaza denunciaba desde lejos nuestra presencia á los pescados que procuraban ponerse á salvo de las redes, y ni en los árboles y playas aparecía viviente que sirviera de blanco á nuestras escopetas, temiendo nos faltaran las provisiones frescas. El Señor que no escatima el alimento ni á los gusanillos insignificantes, envió una ave carnícera en persecución de una excelente perdiz que salvó de las garras de su perseguidor cayendo en medio río en donde fue apresada fácilmente por nosotros, sin menoscabo del pellejo. Diré de una vez que la Providencia divina no nos faltó durante el largo viaje, sin que hubiésemos tenido que apelar á las conservas que las reservamos para la expedición á Macas. Redes, escopetas, carabinas y anzuelos, hé ahí quienes províean nuestra despensa, si bien no en abundancia, como era natural, en lugares donde la cacería se vé acosada con frecuencia.

El día 4 proseguimos el viaje con las mismas dificultades del precedente, á más el sol enviaba verdaderos torrentes de fuego y nos mortificaban las nubes de mosquitos, tan numerosos cuanto molestos durante la temporada de verano. Bien habríamos deseado un golpe de aguas que, aumentando el caudal del Bobonaza refrescara el ambiente que respirábamos. Excusado es decirle que todo lo hubimos á pedir de boca y aún Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

puesto que el aguacero que nos vino encima nos dejó con la ropa completamente empapada

Cuando llegamos á la desembocadura del riachuelo *Humucpi*, vímosle salir crecido y con el agua completamente turbia; echaron la red nuetros bogas en la boca de este río, y con la bendición del Señor, apresaron cuatro *bocachicos* regulares. Bien me acordaba yo de aquellas palabras del Génesis: "dominad á las aves del cielo, á las bestias de la tierra y á los peces del mar"; sólo que tal dominio se ejerce siempre por la fuerza y, á veces, no sin detrimento alguno.

Nuestro barco navegaba con rapidez é íbamos aproximándonos ya al pueblecito de Pacayacu. Antes de llegar á este encontramos una canoa tripulada por dos indios que surcaban el río. Puestos al habla con ellos dijéronnos que iban en pos de noticias de los *Chirapas* cuya presencia temible se anunciaba en el vecino río *Copataza*, donde habían asomado, desde dos años atrás y después de más de veinticinco años de paz, los sangrientos excursionistas.

A lo largo del predicho río Copataza que, naciendo á corto trecho de Canelos, corre por unas veinte leguas, paralelo entre el Bobonaza y el Pastaza hasta perderse en este último, viven algunas familias jívaras, oriundas seguramente del *Achuar* y venidas á Canelos el año 1775 en busca de la alianza de este Pueblo y con el ánimo de abrazar la fe cristiana.

El pacto de amistad lo han guardado hasta nuestros días, si bien no sean todos cristianos como sus mayores bautizados é instruidos por el P. Mariano de los Reyes. Los actuales apenas han sido bautizados, en su mayor parte, por algunos Comerciantes caucheros que en este acto no proceden correctamente, y viven siempre aferrados á las costumbres jívaras por falta absoluta de instrucción sin dejar la poligamia, ni lo que ellos llaman *guerra*, es decir, el asesinato á traición para obtener cabezas que disechar.

Hay que tener en cuenta, Excmo. y Rmo. Señor, que el jívaro no sólo mata al de extraña tribu, sino también al de la propia y aún á miembros de su familia, cuando *los cree hechiceros*, sin que, en este último caso, haga de la cabeza un trofeo de guerra. A veces no mata á los últimos por su propia mano y busca para ello á ciertos amigos de otras tribus. Esto sucedió en Mayo de 1910 cuando me encontraba visitando la Prefectura. Cuatro jívaros del Copataza

vengar injurias ciertas ó supuestas de sus parientes que habitaban en las orillas del Copataza y que se llamaban Pedro y Guare, los principales, cuyos nombres recuerdo, y no decidiéndose á proceder por propia cuenta, fueron á invitar á los jívaros del Arapicos y Chiguaza para que realizaran el asesinato pensado y decretado. No se negaron los del último río, tomando parte también unos pocos de Arapicos y rehusando intervenir los demás que son descendientes de Sharupe antiguo amigo de los Misioneros. El asesinato se verificó en el mes de Mayo, pero sólo en mujeres y niños, salvando los hombres adultos que, sospechando la traición de los cuatro amigos y parientes, escaparon á Pacayacu, lugar en donde los encontré. Estos á su vez, provocaron el alzamiento de los Achuares para vengar el asesinato referido; y en Octubre ó Noviembre del año pasado, el jívaro Domingo y otro de Macas perdieron también la cabeza!

Se inicia, pues, según parece, una época de represalias entre indios aliados con nuestros feligreses y las tribus infieles de Macas, y como dejo dicho, á los 25 años de tranquilidad, siendo culpables los del mismo Copataza.

Por ahora añadiré que hay *demanda de tzantzas*, que se ofrece por ellas hasta rifles de Gobierno y que las autoridades *nada han hecho* ni hacen para contener estos crímenes, preocupándose algunos sólo de fiscalizar á los pobres Misioneros! Sobre este asunto espero hablar con más detención cuando refiera mi excursión á Macas.

Su Excia. Rma. me perdonará; pues aun cuando anhelo por ser breve vuélvome pesado con la amplitud que voy dando á esta carta.

Debo decirle también que, á los recados que envié á los descendientes de Sharupe, quejándome de su intervención en el asalto á los del Copataza, recibí la contestación de que ellos de nada eran responsables, puesto que se habían negado á tomar parte en el. Por informes posteriores me convencí de la verdad de este aserto.

No nos detuvimos en Pacayacu, cuyos habitantes empezaban á desbandarse por el bosque en busca del caucho para los comerciantes, concluida como había sido una reunión de tres meses presidida por uno de nuestros Padres. Conocida la costumbre de los indios, juzgamos que, *viéndole seco al Bobenaza*, por el ver-

nuestro juicio; pues íbamos encontrando en el trayecto estopa de la raíz llamada *barbasco* y cuyo jugo, mezclado con el agua produce el adormecimiento y aún la muerte del pescado. Este sistema de pesca se halla prohibido por nuestras Leyes, pero será imposible desterrarle de nuestro oriente donde el pescado es tan abundante, y tiene una fuente de renovación periódica, en el Amazonas, en el que *van á depositar sus ovaciones* los pescados durante los meses de Mayo, Junio y Julio, y regresan las madres y sus hijos desde Octubre hasta fines de año. De aquí para adelante el río tiene más agua por los numerosos, aunque pequeños afluentes, siendo fácil la navegación á sólo remo.

No dejamos de recibir obsequios de pescado y plátano de indios que encontrábamos en nuestro camino y nos hacían la pregunta del día: “¿qué novedades hay en los Chirapas?” El verano fuerte y las excursiones de los indios pescando en canoas bajo los ardorosos rayos del sol, habían producido una fuerte *grippe* que, dadas las circunstancias de vida y la escasez de remedios, es tan nociva en estas regiones. En ninguna parte se siente más la muerte de una persona que en estos pueblos donde las enfermedades causan estragos y hasta verdadera desolación. Canelos, la única población del Bobonaza, sesenta años atrás, se ha visto reducida á menos de la tercera parte de los antiguos habitantes, no por las *guerras jívaras*, ni por la provisión de colonos proporcionados á otros pueblos, sino por las enfermedades.

El Canelense que no sabe de años se acuerda bien de sus efemérides tristes y dice: “esto sucedió cuando la invasión de la viruela, del sarampión, de la disentería”. El indio con frecuencia aparece fatalista, tratándose de enfermedades, y hace poco para curar á un enfermo. “Ha de morir” dice con aplomo salvaje y, sino tiene á mano al Padre, al comerciante amigo ó á un curandero indio, empírico supersticioso, ahí deja al enfermo, propinándole apenas alguna bebida que no hace al caso para la curación. En el punto llamado *Calmeto* vimos, al paso, á la primera víctima de la *grippe*, y luego el tambo de *Curishundu* se lo encontramos convertido en hospital, si bien la mayor parte de los enfermos se curaban. Claro es que

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo" La Guayana

que tan buenos efectos produjo en estos climas y casos.

El 5 muy por la mañana, prestadas las últimas atenciones á los enfermos, proseguimos hacia Saraya-cu, sin más novedad que, una legua antes del Pueblo, haber sido invitados á descansar en un tambo de indios que generosamente aumentaron nuestras provisiones con plátano y pescado. Aquí supimos que los bogas de relevo para Juanjiri se hallaban preparados para el viaje, con la única provisión que acostumbra nuestros indios del oriente: atados de yuca cocida y luego machacada y masticada por las mujeres. Este *mazato* disuelto en agua con el sólo instrumento de las manos, que hacen las veces de los piés en el lagar, constituye la chicha que es para el indio del oriente lo *único necesario*. Con la chicha vivo y se alegra; sin ella la vida le es un penar, aunque le sobren otros elementos. No es extraño, por tanto, que sea este el primer obsequio presentado á los huéspedes amigos. El Padre López no la prueba; de mí sé decir que, á pesar de la repugnancia que causa el modo de fabricarla y la poca limpieza de las madres de familia orientales, aunque practican más abluciones que las judías, no la rechazo; y en los viajes por estos climas cálidos, bajo un sol abrasador en la canoa, y con movimiento perpetuo, por senderos perdidos en el intrincado dédalo de nuestros bosques, otras veces, me ha calmado la sed y reparado las fuerzas perdidas. Mucho más que por estos mundos no se obtiene con facilidad agua verdaderamente potable, hallándose ordinariamente la que arrastran nuestros ríos, mezclada con abundante barro lo que naturalmente no deja de ser nocivo á la salud. Entre agua terrosa y chicha prefiero esta, por que hay un elemento más que enrarece el barro, si bien no deja de repugnarme la saliva que procuro echarla en olvido. Este es un juicio propio que no se opone al de otros, muy raros en verdad, que no la beben.

Seguimos el viaje hasta un *tambo* que más adelante lo encontramos vacío y en donde arreglamos nuestro almuerzo para entrar en Saraya-cu sin mayor cuidado. Un indio que nos precedió, notificó á los del pueblo nuestra próxima llegada, y vinieron á nuestro encuentro dos comerciantes en sus respectivas Canoas, con los cuales llegamos á nuestro Convento. El resto del día pasamos recibiendo visitas, ordenan-

debía verificar el siguiente mes y dando motivo de solaz á los moradores con uno de los fonógrafos que llevábamos. Blancos é indios nos manifestaron su agradecimiento por la distracción ofrecida.

El 6, después de celebradas las Misas, pagados los bogas que nos habían conducido desde Canelos, seguimos adelante con dirección á Juanjiri, sin más novedad que la de recibir en el camino pescado seco y raíces que nos ofrecían generosamente los indios que encontrábamos en las márgenes del río. Por súplicas especiales llevamos en nuestra canoa á un muchacho que, dejando el empleo que tenía con un comerciante, se había determinado establecerse en un sitio llamado *Llandumanai* para dedicarse al cultivo de tabaco, sin más compañía que los árboles de la selva. El proyecto era extraño, y no dejamos disuadirle, manifestándole que se acogiese á cualquier pueblo. Fué imposible convencerle: no quería vivir en sociedad. Llámase él Juan Varela, y conciendo el proyecto descabellado que tenía empezamos á motejarle de Juan sin Tierra y Juan Tenorio para ver si las burlas podían lo que las razones no obtuvieron. Es un Juan Orth que elije, no la inmensidad y soledad del mar, sino la del bosque.

Tres días completos empleamos hasta llegar á Juanjiri, los que se convierten, por lo menos en cinco, cuando se debe surcar de este punto á Sarayacu en épocas en que las aguas están en baja.

Por ahora los misioneros piensan fundar una nueva población intermedia entre los dos pueblos predichos, á fin de que los viajeros tengan mayor auxilio en sus correrías. Cuando los indios suben al pueblo para las reniones, todo este trayecto queda desamparado: se espera una oportunidad, que se presentará pronto, para emprender en la nueva fundación.

El día 9 esperamos en Juanjiri, pues nuestros bogas señalados para conducirnos á Andoas, se hallaban comprometidos para embarbascar el Bobonaza, lo que se verificó á satisfacción de todos. El fonógrafo prestó servicios que fueron agradecidos, especialmente por los comerciantes caucheros que en este Pueblo son más numerosos que en los demás.

Los bogas de Sarayacu se regresaron recibido su salario, y el 10, después de confirmar á treinta y dos entre niños y adultos, á las nueve de la mañana nos alejábamos del puerto, yendo en compañía nues-

cho, que nos prestó inapreciables servicios en Andoas, como se verá luego.

Escaseando ya los tambos de indios, para pernoctar, plantábamos nuestras toldas de campaña capaces de acoger á mayor número de personas que las que llevábamos en las dos canoas.—El 11 proseguimos el viaje sin otra novedad que lo infructuoso de nuestra persecución á una manada de *lomo-cuchis* (sahino pequeño) que se nos presentó, desbandándose rápidamente una vez que fue notada nuestra presencia. No era para menos, dadas la charla y rizas de nuestros bogas, con ocasión de aproximarnos al punto elegido por nuestro Juan Varela para vivir alejado de toda sociedad. En esa noche apuramos razonamientos y consejos muy serios para apartarle de tan estrafalaria determinación; pero todo fué inútil.

El día 12 nos despedimos de este Juan Orth del Bobonaza, y lo hicimos con pena, puesto que se quedaba en grande desamparo sin más que una media arroba de mazato de yuca, un par de racimos de plátano y un poco de sal. Hallábase provisto de una hacha y un machete para el trabajo y le dejaron prestada una escopeta vieja nuestros bogas compasivos hasta el regreso de Andoas. Una canoa vieja que el día anterior encontramos en el río la tomó para sus excursiones, cubriendo las principales rajaduras con una capa de barro.

A las 9 de la mañana tocamos en el pueblo de Sta. Rosa con el fin de proveer la canoa de víveres frescos, pues teníamos que pensar que en Andoas, no los encontraríamos fácilmente desde que los moradores se hallaban desbandados por la selva. En ese pueblecito residen algunos comerciantes dedicados, como todos los demás, á la compra de caucho que los indios recogen ordinariamente en el período de las *purimas* sobre las cuales hablaré á su tiempo.

Por la noche, lo mismo que ayer, no faltó una pava para nuestra olla, siendo eso sí molestados por numerosas mariposas nocturnas que, atraídas por la luz de las tiendas, caían sobre nuestros platos echando á perder el contenido. En los días anteriores experimentamos sólo el fastidio, durante el día, por ahora se aumentaba también en la noche con los múltiples insectos que pululan en estas regiones bajas.

El 13, como á las nueve de la mañana, encontramos dos canoas tripuladas por Andoanos que surca-

manifestámosles, como era verdad, que los santaroseños se hallaban ausentes con motivo de las licencias, y que era mejor se regresasen á cooperar al restablecimiento de su propio pueblo, lo que aceptaron gustosos, y nosotros tomamos como de buen agüero esta determinación. Ya eran cuatro canoas las que se deslizaban sobre las ondas del Bobonaza que, de aquí á Andoas, tiene fondo para ser navegado en lanchas de poco calado. Por los nuevos compañeros supimos cuanto pasaba y se decía en el Pastaza, doliéndonos de las desdichas de aquel pueblo tan desgraciado.

La tripulación india es, por punto general, alegre, y es la que ameniza el viaje con charlas y risas que sólo se interrumpen, cuando se ven obligados á callar para atender á cualquier ruido en el bosque vecino que les denuncia la existencia de cacería. La necesidad de ésta también obliga á que las canoas vayan alejadas unas de otras, mucho más que por estos lugares, no frecuentados por vivientes, habitualmente es más frecuente encontrar variada caza.

A las 2 p. m. el oído listo de nuestros bogas sintió el gruñido no muy lejano de sahinos, y atracando á la orilla, desembarcaron cuatro tiradores armados de tres caravinas Winchester y una escopeta. Sonó un disparo y otro, desbandándose la manada en un sitio muy cenagoso que dificultó los movimientos de los cazadores. Dos grandes animales de los que los indios llaman *guanganas*, vinieron á aumentar la provisión, sin que intentáramos perseguir á los demás, por que la reserva de pescado se encontraba intacta, gracias á la volatería fresca que no nos faltaba diariamente.

A las 4 p. m. desembarcamos en una playa á fin de tener tiempo para secar la carne de los dos sahinos que, sin este recurso, se pierde pronto. Más tarde llegaron las dos canoas de los andoanos, los que traían también pescado fresco y un *lomo-cuchi*. Como era natural, hicimos canje de obsequios, participándonos mutuamente de lo que habíamos cazado. En esta noche tuvimos ya que colgar los mosquiteiros dentro de las tiendas, pues el *zancudo*, que aquí ya es abundantísimo, nos picaba aún sobre la ropa y sin misericordia. Es esta una plaga por demás nociva, puesto que al zancudo se le atribuye actualmente la trasmisión de varias enfermedades ya endémi-

maluchos abundan en los bosques de nuestro oriente desde la altura de 1.000 metros, sin que sean molestos sino sólo por la noche y en los puntos donde existen charcas de agua.

Cuatro leguas antes de Andoas, es decir, á una altura de 300 metros, se les encuentra en mayor abundancia por la causa expresada. Nada es comparable con la molestia del zancudo que, desterrando el sueño del viajero, le causa hasta calentura rabiosa; el mismo vampiro, que ocasiona sangrías abundantes, no es más temido que el diminuto zancudo, que afortunadamente molesta sólo la noche, como tengo dicho.

El 14 por la mañana, después de calmar ciertos temores que de la autoridad civil tenían los andoanos, proseguimos nuestro viaje rezando todos el Rosario en común, por ser domingo, ejercicio que los Religiosos practicamos diariamente apenas embarcados. Teníamos ansia de ver el Pastaza dejado el canal estrecho del Bobonaza, si bien nos recreábamos contemplando nueva vegetación, entre la cual descuellan el árbol de *cacao* tan abundante en estos sitios, y del que sólo se aprovechan los múltiples y variados monos, ardillas y otros animales del bosque.

A las 7 a. m. concluida una de las innumerables curvas del río, se nos abrió algo así como una gran avenida de quinientos metros de largo por treinta de ancho, iluminadas las aguas del Bobonaza por un torrente de luz que penetraba desde la inmensa playa del Pastaza. El panorama era encantador, y cosa parecida no han hecho los hombres aún en las capitales europeas para distracción de sus semejantes. El río por el cual veníamos navegando apenas si tenía corriente, siendo sus aguas como arrastradas por un gran brazo del Pastaza, y siempre sin mezclar las negruscas de éste con las amarillentas de aquél por un trecho como de dos kilómetros.

Saliendo al Pastaza, ninguno de nuestros compañeros pudo disimular el gozo espontáneo que se producía al contemplar, desde la playa, este gran río cuya anchura llega á unos mil metros en este punto. El horizonte no está interrumpido por montañas, y se extiende cuanto la vista, por un mar sin límites de bosques vírgenes aún, y que parecen quejarse del criminal abandono en que los dejan los hombres.

Aquí, Excmo. Biblioteca Nacional del Ecuador "Fogoso Estado" calificar

á nuestros Gobiernos que, hasta el día de hoy, no han dotado de un camino á esta región para que los ecuatorianos exploten este venero de riquezas incalculables. Nuestro pueblo que calcula cuánto vale nuestro oriente, no ha segregado ni la ofrenda de su sangre generosa.

Pero, ahí está la granítica cordillera sirviéndole de muralla infranqueable y burlando las aspiraciones de toda una nación. Cuando descendíamos ya sobre las aguas del Pastaza no tuvimos el gusto de ver el pueblo fundado en 1897; contemplamos sólo sus ruinas aunque habitadas por el Sr. Comisario, dos guardas y dos familias de comerciantes. Entramos á él en silencio, sorprendiendo así á esos pocos moradores que nos dispensaron gratisima acogida. Este es en todo el oriente el lugar más distante entre los que cuentan con autoridades ecuatorianas.

No podía ser más triste la situación de esta residencia, en donde, según la fisonomía de los pocos moradores, el paludismo había sentado sus reales como en casa propia. Del antiguo pueblo quedaban sólo dos casas bajas que las ocupaba el Sr. Comisario, la una como vivienda, y la otra como despacho, hallándola esta dispuesta para hospedería nuestra. Los guardas se habían formado una casa alta, á modo de atalaya, para inspeccionar el tráfico del río, evitando la omisión de pagos fiscales, y habitando los comerciantes una casa bastante nueva.

La gran casa destinada á la residencia del Jefe Político, construida por el R. P. Vanschoote, había desaparecido, lo mismo que la iglesia y demás edificios. La plaza hallábase convertida en un gran cañaveral, por la cercanía de una chacra de cañas cuyas plantas se habían extendido hacia ella espontáneamente. Esto prueba la feracidad del terreno.

Como nuestra intención no era la de aceptar descanso en este punto, despachamos rápidamente dos postas al Ishpingo, pocos kilómetros río arriba, á fin de que convocaran á cinco familias que ahí se hallaban con dos comerciantes cañeros. Agradeciendo las distinciones de que fuimos objeto de parte del cumplido Sr. Carlos Viteri y de Dn. Eliseo Rodríguez, después de una hora de reposo, proseguimos nuestra marcha, llevando una vasija de *guarapo* que generosamente nos obsequió el Sr. Comisario, y enviando

de que notificara nuestra presencia en el Pastaza á una familia que supimos existía en él.

A las 11 $\frac{1}{2}$ a. m, llegamos frente al sitio que ocupó la primitiva Andoas, fundada en 1.700 y trasladada más tarde, sin que sepamos el motivo, al interior del río Tonegrama ó Misión-yacu, donde quedan aún unos pocos ladrillos que acaso constituyeron la mesa del altar. Plantadas nuestras tiendas en una hermosa playa, empezamos por preparar el almuerzo que fué servido sin ánimo por el calor canicular que experimentábamos.

A la 1 p: m, nuestro amigo Dn. Teófilo Cisneros penetró en el Tonegrama acompañado de la tripulación propia, para atender á sus negocios con los jívaros del Achuar, notificando de paso á los Andoanos que por ahí vivían, que eran esperados por nosotros. Es inútil añadir que no sólo desempeñó el papel de mensajero, sino también incitó á los indios para que no pusiesen obstáculo al restablecimiento de Andoas. Para evitar el sol que reberveraba en la playa y los fuertes golpes de viento, tuvimos que fabricar un tambo dentro del bosque, junto al cual desarrollamos las tiendas y mosquiteros. Y en verdad que nos sirvió esta disposición, pues, el invierno de la Sierra hízole crecer al Pastaza, ocupando gran parte de la playa escogida para vivienda provisional.

El 15 por la mañana recibimos la visita de indios que se venían del Tahuancuro como del Tonegrama: eran los más ancianos, á los cuales manifestamos cuál era el objeto de nuestra venida, por supuesto, sin hacerles presión para restaurar el pueblo, y sí hiriendo el amor propio que lo tienen vivo. Oídas las dificultades que nos expusieron, siendo la principal, el que volverían á ser víctimas de atropellos, si se congregaban en poblado, y ofrecida nuestra cooperación para el bien estar de estos pobres indios, convinieron al fin en llevar á cabo nuestro proyecto. Aun cuando aparentaban repugnancia para dar nueva vida á Andoas, se dejaba traslucir que si deseaban, y de corazón, aunque secretamente. Uno de los más ancianos se dejó decir con grande sentimiento: "cuánta alegría siento en el alma al ver la luz en mi río, después de tanto tiempo como he vivido en la obscuridad del bosque."

Como juzgamos que el momento era oportuno, señalamos el día ^{Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"} siguiente para iniciar el desmonte de

la planta que serviría á la futura población. “Padre, me dijeron, por ahora trabajaremos sólo tres días, y el resto haremos paulatinamente; puesto que, errantes como hemos vivido, no tenemos chacras suficientes para nuestro sustento y debemos también ocuparnos en la apertura de ellas.” Como la proposición era justa la aceptamos sin reparo alguno. Los del Tonegrama regresaron á sus casas, quedándose los del Tahuancuro cerca de nuestro campamento para aprovecharse también de nuestras provisiones que no les escatimamos.

El 16 por la mañana, reunidos los indios que pudimos haberlos á mano, atravesamos el Pastaza, subiendo luego al punto del trabajo y que se hallaba cubierto por una vejetación exhuberante, pues, por lo menos han corrido cincuenta años desde el abandono de este Pueblo, que no hay que confundir con el *tercer Andoas*, desaparecido en 1896 y situado pocas cuadras más al norte del que tratamos de restaurar. Los indios trabajaron con esmero hasta cerca de la caída del sol, lo que manifestó el entusiasmo de que se hallaban animados; pues no acostumbran ocuparse más de cuatro á cinco horas en desmontes.

A las 2 ½ p. m. observé que bajaba una canoa en dirección á nuestro campamento, y me complací creyendo que empezaban á venir los del Ishpingo, y así se lo dije á los trabajadores, quienes, fijando la mirada en los tripulantes me replicaron: “Padre, ahí viene el Comisario con Eliseo (el comerciante baneño); ¿para qué los traes? Vamos, pues, á quedar en condición igual á la antigua”.—No los traigo yo, respondíles: el Comisario viene enviado por el Gobierno y el comerciante por su propia cuenta. Estos indios que son verdaderos *niños-viejos*, aunque parezca una paradoja, se dejan llevar ordinariamente de caprichos pueriles ó de resentimientos. Manifestéles que la autoridad civil era necesaria para la guarda del territorio, así como para utilidad de ellos, evitándoles los atropellos de que tanto se quejaban. Sin dejarse convencer de mis razones prosiguieron el trabajo, pero ya perdida la alegría y charla de momentos antes, y haciendo notar la prevención de que se hallaban poseídos en contra de la autoridad antes que del comerciante, puesto que ni se dignaron saludarle al Sr. Dn. Carlos Viteri.

y nos dijeron no haber encontrado á ningún varón, puesto que se habían internado en el bosque para extraer caucho de donde regrasarían después de cuatro días. Añadieron que habían comisionado á las mujeres para que comunicasen á los maridos nuestro recado.

El 17 volvieron los indios á proseguir el trabajo, pero algo más tarde de lo ordinario, notándose ya el efecto del descontento. Temiendo esto mismo no prolongamos nuestra estadía en la residencia de la autoridad, es decir que, hallándose desprevenida á nuestra llegada, no se ofreciese venir en nuestra compañía, como en verdad sucedió el día 15. Con todo pasamos al desmonte y no pude negarme á llevar en mi canoa al Sr. Viteri y á Rodríguez. En la fisonomía de los indios se traslucía algo de sombrío, y mucho más grave parecía la situación cuando los indios habían bebido más chicha de la que ordinariamente beben por la mañana. Hablaban sin la risa y las burlas que les son características en estas reuniones, sin que les comprendiésemos palabra desde que se comunicaban en el dialecto *shimigay*. No se puede negar que, á pesar de todo, trabajaron bien, auxiliados, como el día anterior por Fr. Jacinto Loja, sin que les faltase la cooperación del Sr. Viteri y la del suscrito.

En un momento de reposo híeles hablar con el Sr. Comisario, manifestándoles que él no les será opuesto, como no lo ha sido y que, por el contrario, les favorecerá en cuanto le fuere posible. “Qué nos ha de favorecer, me replicaron, si a él mismo le han pegado otros blancos”. Y en esto hay mucha verdad, aunque el Sr. Comisario no la confiesa toda. Un comerciante dió de bofetadas al Sr. Dn. Carlos Romero, secretario de la Jefatura Política y éste al Sr. Viteri, reinando enemistad entre quienes debieran servir de ejemplo de concordia á los subordinados. No hay para que añadir que dos comerciantes que tan vilmente han procedido contra la autoridad, andan vanagloriándose de tal hazaña que trae el desprestijio de ésta, sin que la autoridad haya podido hacerse respetar como debía por falta de unos pocos guardas que la apoyen. Respecto de la ruina de Andoas por causa de abuso y atropellos, las autoridades acusan á los comerciantes, éstos á aquéllos y los indios á todos. ¿Quiénes tendrán la razón? Lo que puedo ase-

Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo".
cuando se verificaban las visitas no-

riódicas de los Padres á Andoas, se gozaba de paz sin que se notara abuso de consideración ni manifestamente público, que es lo que pasa en las demás poblaciones frecuentemente bajo la inspección de los misioneros.

Sin voluntad hemos sido cooperadores para la insubsistencia de este pueblo, puesto que, por la escasez de personal y las atenciones en siete poblaciones, no les ha sido posible á los Padres bajar á Andoas como hubiese sido de desearse. Tuvo razón el Sr. Viteri cuando me dijo, “pero también los Padres se han olvidado de Andoas”. Cuatro Padres y otros tantos Hermanos conversos son insuficientes, mucho más que, uno de los primeros debe permanecer siempre en Canelaray ó al Amazonas, apelando, por punto general, á nuestro Convento. Consigno la queja del Sr. Comisario de Andoas por que encierra una gran verdad; y es cierto que el misionero es quien funda pueblos y los conserva, y su modesta persona contribuye á que las autoridades no se extralimiten en sus funciones.

Algún Señor radical de ocasión ú oportunista ha creído que “con pocos guardas podía restablecer Andoas prescindiendo de los frailes”. Que lo manifieste con hechos, dejada la charlatanería insustancial. Gran parte de las autoridades ni siquiera posee el idioma de los indios ¿Cómo podrá entenderse? Si el indio huye al bosque ¿quién le dará alcance? El hecho es que los pueblos no se forman con la fuerza; y, excepción hecha de la Colonia *Mera*, compuesta como he dicho, de tres familias, que es obra del Sr. Dn. Luis Martínez, llevada á cabo por el Sr. Dn. Víctor M. Ortega, *la autoridad Civil ha ocupado poblaciones fundadas por los Misioneros sin formar una sola en realidad, á no ser en el papel, en donde se hace constar pueblos imaginarios conforme se decretan nuevas divisiones territoriales.*

Dejada esta digresión obligada, digo que insistimos en que los indios debían apelar al Sr. Comisario cuando hubiesen menester, y que éste ofreció hacerse respetar, imponiendo á todos el cumplimiento de sus obligaciones. El Sr. Viteri, que se vió lastimado en su honor con la excusa de los indios, dejó ver en su semblante algo que animó á los Andoanos á confiar en él: digo que *dejó ver* en su semblante, por que apenas puede expresarse en quichua. “La falta del idioma que no lo he podido aprender en cinco años por

que no he tenido con quien practicarlo, me ha impedido entrar en explicaciones con los indios”, me dijo. Pues, ¿por qué no se vale de intérpretes? le repuse. “Porque, interesados como son, creo que dicen lo contrario de lo que intento, puesto que los indios se alejan de mí más airados ó insolentes”. He aquí una otra dificultad grave para las autoridades: no saber el idioma. Un buen hombre decía al respecto: ¿Por qué estos Comerciantes, que tantos años viven por esta región, no han enseñado el español á los indios? No añadió los frailes por que se hallaba presente el suscrito. Cualquiera comprende que un idioma pueden aprender fácilmente unos cuantos comerciantes y algunos misioneros y no cuatro ó diez mil hombres diseminados en un territorio inmenso. Mucho hacen los misioneros imponiendo el quichua á cuantos abrazan la fe católica sean jívaros, záparos ó gayes, y que se acogen á las poblaciones fundadas ya.

En Macas es otro cuento: el Misionero tiene que hablar jívaro como en épocas anteriores, porque es el único idioma hablado por los indios que habitan en la extensa región que, empezando en *Huito-yacu*, uno de los afluentes del Tigre al este de Juanjiri y Sta. Rosa, se extiende por el Copataza y el Pastaza hacia el Morona, Macas, Méndez, Gualaquiza y Zamora.

Volviendo á la relación digo que el Sr. Viteri ofreció hacerse respetar y ser el defensor de los indios, sobre todo, si recibe los diez guardas que espera de Quito. Dn. Eliseo Rodríguez, como avezado á los trabajos de montaña, ayudó al desmonte, y con interés, armado de una hacha que manejaba bien. Yo no veo en él al *traidor* á la Patria que otros han visto: es un hombre sincero, según mi leal modo de entender, y que abusa un tanto de la lengua, llamando cosas y personas, conforme siente en su conciencia, lo que, como es muy natural, no agrada á muchos, principalmente á las autoridades.

Haré notar á su Excia. Rma. que, no obstante lo heterogéneo de los concurrentes, frailes, liberales y comerciantes, pasábamos en admirable concordia en nuestro campamento compuesto de un tambo y dos tiendas y comiendo en la misma mesa. Si las autoridades prescinden del sectarismo, que no tiene razón de ser al tratarse del oriente, y no son socios de comerciantes, según rezan nuestras Leyes, bien podemos hacer cosa de provecho hermanamiento como hijos de un mismo país. En el campamento de Macas, Ecuador, el 10 de Agosto de 1858.

pugnancia de ver las personas que representan la autoridad.

El Gobierno debe tener mucho cuidado en seleccionar el personal que envía á la Provincia del Oriente, que no debe ser atendida por vagos, garroteros, inválidos, y ancianos, ni menos por quijotes que aumenten las tristes efemérides de la República. El oriente necesita de autoridades serias, ilustradas, progresistas y sacrificadas, capaces de hacer algo de provecho en beneficio del país. He dicho autoridades hasta *sacrificadas*, por que no faltan *sacrificadores* que, juzgando pequeño el sueldo de que gozan, lo aumentan con el empleo que obtienen hasta para sus muchachos y sirvientes, si es que no intentan obtener que otros sirvan una secretaría por pocos sueres, y sólo por autorizar con la firma los oficios.

Si mis deberes no fueran múltiples, y el tiempo escaso para atenderlos, ya me extendería en muchas cosillas y hasta suplicaría al Supremo Gobierno liberal-radical que, prescindiendo de personajes inútiles y malos católicos, enviase á la Provincia oriental *liberales ó radicales* que algo siquiera entiendan el significado del calificativo; entonces ya se podría ver que algo bueno se hace ó, al menos, no se causa daño, y esto último es nuestra aspiración en los tiempos que corren, ya que lo primero es inaudito, sino es hacer bien ser enemigo de los misioneros.

Algunos de los que se *llamaban católicos*, no por esto han dejado de ser nocivos á nuestro oriente; oyen misa, saludan á los Padres y no les escacean alabanzas cuando están en la presencia de éstos, á quienes deben agradecimientos, blasfemando atrás y ofreciendo amarrar á los frailes en la oportunidad más propicia. Que no se me resientan los que, como buenos patriotas, han desempeñado atribución alguna, *aunque no oían misa* por ser de ideas liberales avanzadas: no apruebo esto último, pero no puedo negar que cumplieron con su deber de autoridad, al menos, no concretándose á blasfemar y á ser objeto de burla con las amenazas de *amarrar* frailes, que aún no se ha verificado para felicidad y buena conservación de todos. A Dios gracias, somos ecuatorianos también, y en el oriente, las garantías que la Constitución de la República señala son guardadas con fidelidad por los misioneros que, sin más temor, cumplen con sus deberes.

Vuelvo á la relación Excmo. y Rmo. Señor, pro-

metiendo no cansarle con digresiones, por supuesto, sin que este propósito de la enmienda sea firme.

El 18 por la mañana, salió Dn. Teófilo Cisneros del interior del *Tonegrama* ó *misión-yacu* y me dijo: sabe, Padre, el motivo por el cual no han venido los indios del *Ishpingo*?—Pues por que no se hallaban en los tambos, sino en el trabajo del caucho, le repliqué.—Nó Padre; le han engañado los postas, me repuso; la verdad es que los indios están en las casas y han dicho: si los Padres han bajado al Pastaza ¿por qué no han surcado ellos mismos á buscarnos? Y luego, dirigiéndose á los mensajeros les han dicho con sarcasmo: ya que vosotros sois tan numerosos id y haced nuevo Pueblo para que tengáis autoridades que os tiranicen”. Esta es la verdad confesada por los postas, á quienes reprendimos por habernos engañado.

Comprometidos como nos hallábamos al trabajo de sólo tres días determinamos seguirlo con los presentes, como en verdad lo hicimos el día 18. Si no subimos personalmente al *Ishpingo*, fue por que creíamos que, como en 1897, hubiesen bajado los indios sin dificultad, mucho más que teníamos necesidad de economizar tiempo, una vez que se aproximaba rápidamente el invierno, que dificulta la surcada con las crecientes de los ríos. Por esta misma razón no enviamos á llamar á los pocos indios que se encontraban en *Chambira-ista*, cuatro leguas abajo del sitio en donde acampábamos. Pasado el momento de mal humor bajarán todos á constituir el Pueblo.

Proseguimos la obra del desmonte, como en los dos días precedentes, encontrando entre el follaje del bosque muchos ladrillos que sirvieron para la mesa del altar, y que serán conservados en el nuevo templo como un recuerdo de los apóstoles que recorrieron estos sitios, entre los cuales merece citarse el nombre del Ilmo. Padre Plaza cuyo nombre han olvidado los indios, conservando úno, el más viejo, la memoria de un acto de generosidad apostólica. Un Padre vestido de hábito gris apareció en el interior del *Tonegrama*, me decía el anciano; y hallándonos casi desnudos nos repartió lienzo para hacernos vestidos, sacándonos nuevamente á este lugar que desmontamos á la orilla del Pastaza”. Este mismo indio cuando en 1897, mientras se restaurase el Pueblo, me entregó las campanas que las llevé á Juanjiri, sacándolas de un agujero donde las había enterrado, diciendo: “cuando se oye el sonido de

ellas: "¡Ay Padre! si las hubieras oído en los días de nuestras fiestas! Cómo llenaban la playa de nuestro río, alborozando nuestros corazones ahora llenos de amargura! Cuidalas bien para que no se rompan y así no perezca nuestro pueblo. Con la rotura de sus campanas desapareció para siempre el Pinches nuestro vecino!" Y al expresarse así derramaba lágrimas espontáneas de dolor que me conmovieron hondamente. Se ve que el indio tiene corazón sensible cuando es educado por nuestra santa Religión, y se persuade que la suerte de su pueblo está vinculada á la duración de las campanas. En el fondo de esa frase se oculta una gran verdad, desconocida por muchos ciegos voluntarios de nuestros días, que el catolicismo es la vida de los pueblos felices.

A las 4 p. m. nos alzamos del trabajo para emplear el resto del día en la administración del Bautismo y de la Confirmación á siete y trece párvulos respectivamente. Luego nombramos un *capitán* y un *curaca*, autoridades indias que prestan apoyo al Misionero para las reuniones periódicas de la gente, sin que desempeñen más funciones, y á los cuales recomendamos enviar mensajeros hasta el Marañón, á fin de que invitasen al Pueblo á cuantos andoanos se hallan dispersos por varios y lejanos puntos. El fonógrafo prestó buenos ratos de distracción mientras permanecemos en el Pastaza.

El 19 volvimos con todos los indios á la planta de la población, y abriendo una pica al rededor, señalamos todo el espacio que proseguirían desmontando paulatinamente y asignando los sitios que ocuparían los principales edificios. La extensión desmontada es amplia, empezando á la orilla del río á quince metros sobre el nivel de las aguas con un espacioso malecón, que no será ocupado con viviendas, é internándose al centro de la Selva. A las 11 a. m., provistas nuestras canoas de víveres comprados á los jívaros Achuares futuros neófitos en la fe, después de una despedida por demás tierna de estos simpáticos y queridos indios que á voces, nos suplicaban no les abandonásemos, y ofreciéndoles volver después de cuatro meses, para proseguir la obra iniciada, empezamos á surcar el Pastaza en las tres canos que llevaban la comitiva. A las 5 p. m., llegamos á la residencia de las autoridades, siendo agasajados por el Sr. Don Carlos Viteri y por el pródigo Dn. Eliseo Rodríguez. Eeconomos de tiempo y compasivos con quienes, aunque generosos, vivían en lugar

bien desamparado, agradeciéndoles el hospedaje que se nos ofrecía, el 20 por la mañana empezamos el viaje de regreso entrando pronto á navegar en el río Bobonaza y con dirección á Canelos.

El 21 á las 10 a. m. encontramos la canoa que traía el correo para Andoas y en la que venía un Sr. Alvarez, con el cargo de Secretario del Comisario y una Sra. hermana con una criatura tierna, para regentar la escuela que no existía. Estos viajeros, encontrados por un comerciante que de Juanjiri salía á la Sierra, habían oído de éste la sentencia siguiente: "Vayan ustedes á Andoas, y si no mueren de hambre, morirán comidos por los mosquitos". No es para menos la situación de Andoas ó de *La Union*: no existen *chacras* para los empleados que tienen que buscar víveres entre los achuares y con trabajo. Nos despedimos del Sr. Alvarez oyéndole que nos decía: "Uds. Padrecitos, andan sufriendo así para ganar almas, y nosotros para ganarnos la vida". Con pesar nos alejamos de los predichos viajeros que, con renta mensual y todo, iban á pasar horas amargas.

Las comunicaciones traían la nueva del fallecimiento muy sensible del Señor Presidente de la República y de amenazas de revolución, de lo que nos lamentamos grandemente.

La pesadez de la surcada la echamos en olvido con la lectura de las comunicaciones que compartíamos con nuestro amigo Teófilo Cisneros. Dos días y medio quedamos en silencio, sin que nos distrajese de nuestro arrobamiento ni la cacería que nos hubiera venido bien. No sólo de pan vive el hombre pensábamos, lamentando que nuestro Hermano Fr. Jacinto Loja, que bajó desde Juanjiri con algo de grippe, volviese de Andoas acometido de *fiévos*, que, por ser de este lugar, son muy rebeldes como de variados síntomas y dolores.

El 23, á las 8 a. m. llegamos á Santa Rosa, renovamos las provisiones, y, oyendo que nuestro Juan Orth había venido á este pueblo á cambiar cacería con otros víveres, proseguimos nuestra marcha, deseosos de ver al solitario del Bobonaza cuya suerte no parecía tan desgraciada. A las 2 ½ p. m. acercándonos á *Llandumanai* divisamos un buen desmonte de donde salió Juan á obsequiarnos carne seca de cacería; no hubiera creído sino hubiera visto. Nos refirió en pocas frases la vida que llevaba: "me levanto, nos dijo, muy temprano y me ocupo Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo" Formado el dos horas en cazar."

desayuno, he desmontado y sembrado lo que ven. Meriendo por la tarde, y después de encomendarme á Dios y á la Virgen, me acuesto á dormir en mi ramada calentado por el fuego que alimento, sin descuidar de la escopeta que está siempre preparada para cualquier evento. No me ha faltado cacería, y como me sobraba fuí llevando á Santa Rosa, en mi vieja canoa, para obsequiarla y cambiarla con lo que me faltaba; estoy satisfecho de mi soledad y no es la primera vez que he vivido así; antes pasé del mismo modo una temporada larga en *Uio-yacu*". A nuestros bogas ofreció también carne por el servicio de haberle dejado la escopeta. Pidiéron que, así como le trajimos, le restituyésemos á Sarayacu en nuestra canoa, puesto que deseaba ir en busca de semillas; pero el mismo vió que nuestra embarcación, con un boga más traído desde Andoas, era incapaz de mayor peso, sobre todo, por el apoyo que la misma presta á los bogas para impulsarla contra la corriente: apenas quedaban pocos centímetros á flote de agua. Lo incitamos á seguirnos en la canoa vieja y así nos ofreció hacerlo, suplicando al dueño de la escopeta que le prestara aún hasta Juanjiri; el indio accedió, creyendo en la fidelidad de Juan, el que no volvió á ser visto en el curso de nuestro viaje: nos engañó para no deshacerse de la escopeta que le daba el sustento barato.

El 25 á las 5 $\frac{1}{2}$ p. m. llegamos á Juanjiri, gracias al verano que nos acompañaba y al esfuerzo de nuestros bogas que parecían incansables. Aquí Excmo. Señor, descansamos dos días para renovar los víveres y dar lugar á que los nuevos bogas preparen la chicha para cinco jornadas de surcada por lo menos y dos de regreso. Todo listo nos despedimos de los habitantes, especialmente, de nuestro excelente compañero Dn. Téofilo Cisneros, merecedor de todo nuestro agradecimiento por el auxilio que nos prestó en Andoas. En el trayecto íbamos encontrando escuadrillas de canoas con los habitantes de Sarayacu que concurrían á la reunión trimestral en el pueblo, entregándose, de paso, á la cacería y pesca, la que partían cariñosamente con nosotros.

El 1º de Febrero llegamos á Sarayacu á las 4 $\frac{1}{2}$ p. m. después de haber navegado desde la una de la madrugada, viendo aumentada la colonia de blancos con el antiguo *comensal* del Convento de Canelos, y actual calumniador de los Misioneros, de un hermano de éste y de un Sr. Abel Ramírez, comandante de ejér-

cito, según se decía. Estos individuos eran agasajados por el Sr. Teniente del Pueblo, Dn. Rodolfo Rojas y su Señora, en la *misma planta baja del Convento prestada por los Padres* á este último. No dejamos de oír alusiones picantes y aún amenazas para muy luego, amenazas que, en verdad, no nos causaban temor, apreciados y amados como somos por los indios y comerciantes.

Aquí tuve la oportunidad de leer un folleto que estos últimos han publicado en contra del calumniador y en defensa de los Misioneros y de la autoridad civil superior, desempeñada por el Sr. Don Enrique T. Hurtado. El folleto que lleva el título de "Nuestra Voz" encierra la pura verdad, y sus autores han omitido algo más, que acaso ignoraron, alejados como se encuentran de la Sierra. Aquello que, *en documentación secreta*, manifesté exclusivamente al Sr. Dn. Carlos Rendón Pérez, entonces Ministro de Oriente, los comerciantes del Pastaza, sin miramiento alguno, han echado á la faz de la República para que conozca la conducta escandalosa de nuestro detractor tan ingrato como injusto.

El 2 por la tarde, llegaron siete jóvenes que, en calidad de guardas, pasaron á Andoas, después de descansar dos días en este pueblo.

El 3 confirmé á veintidós niños de uno y otro sexo. Por la tarde se verificó un suceso lamentable en extremo: sentí, como á las 4 p. m., que todos los guardas y el Sr. Ramírez se invitaban á bajar al río para bañarse, lo que en realidad efectuaron, descendiendo al puerto en donde se hallaban atracadas muchas canoas. Mientras casi todos charlaban acomodados en una de estas embarcaciones, entró al río para bañarse el joven quiteño Gumercindo Miranda, el que desapareció bajo las aguas sin que lo notasen los que amigablemente departían, sino después de un espacio relativamente largo. Acto continuo vino uno de los guardas á notificar al Sr. Teniente, para que fuese á constatar el desgraciado acontecimiento, bajando también yo para la inquisición del cadáver que fue encontrado, después de media hora de investigación, en la que nos ocupamos más de veinte personas, y en lugar que no tenía un metro de profundidad. En el cadáver no se encontró lesión alguna ni síntoma característico de los que perecen ahogados, puesto que no había tragado nada de agua. Este acontecimiento causó honda impresión en el Pueblo, y más en el

hermano mayor de la víctima que, derramando copioso llanto, le llamaba por su nombre á gritos. Lamentando tal desgracia, honramos el cadáver del infortunado joven con las preces y ceremonias de nuestra Santa Religión.

El 4 partieron á su destino los demás jóvenes, afligidos por cierto, con la desaparición del compañero, y también por la suerte que en Andoas les esperaba, una vez que se iban casi desprovistos de provisiones. Añadióse á lo anterior la noticia de haber estallado una revolución que acabará con las rentas de la República, sin que estos pobres empleados puedan percibir los sueldos. Cuando en Octubre y Noviembre del año pasado traté con el Sr. Ministro de Oriente (que ya no lo es), le rogué que, si ha de conservar empleados en dicha región, se les pague las pensiones adelantadas ó de preferencia. Como testigos, y aun auxiliadores de varios, estamos al tanto de las penurias á que se hallan sujetos unos cuantos empleados. ¿Qué tienen que hacer hombres que deben vivir y no reciben con qué? Se adivina la respuesta; y también se explica la razón por que los indios no desean autoridades. Los Andoanos ya lo decían: "nada nos dejan, ni nuestras mujeres".

En alguna época el Gobierno enviaba víveres á las autoridades, pero como esto estaba muy puesto en razón, no duró mucho tiempo. Estoy seguro que los Sres. empleados no rehusarían que se les devengue una parte de los sueldos en provisiones de boca; así se evitarían injusticias y aún cierta economía, por supuesto, mal entendida, y á la que no faltan aficionados, que han debido invertir el fruto de aquella en médicos y botica, cuando no en gastos de sepultura! Toda autoridad, por el mero hecho de serlo, ocupa un lugar eminente expuesto al juicio y crítica de los subordinados, los que desearían ver en aquellos alguna mayor decencia hasta en el vestir. No es raro oír á los indios que, con amarga ironía, digan de algunos: "miren qué *apu* (Señor) ¡si apenas es un *tzuntzu* (haraposo)!" y no hay duda que no les falta razón muchas veces.

El 8, después confirmado después de Misa á diez niños, surqué á Canelos con el Hno. Fr. Jacinto Loja agravado con los fríos, dejando al R. P. López á fin de que presidiera la reunión en el pueblo. En el puerto vino á despedirme el Sr. Abel Ramírez, augurándome feliz éxito en la expedición á Macas. En dos

días y medio llegué á Canelos, conociendo ahí que del Puyo había pasado el R. P. León al Curaray.

Aquí permanecí siete días concluyendo la visita canónica y recibiendo con agrado noticias de la expedición exploradora al Arapicos que, compuesta del macaveo Venancio Aguayo y de los indios del Puyo, Severo Vargas, Sebastián Vargas y Melchor Borja, había salido embarcada por el Pindo al Pastaza, siguiendo á la confluencia del Arapicos, donde no encontraron viviente alguno, y viéndose obligados á dejar la canoa y adelantar por tierra netamente enemiga, los tres últimos indios, animados por el macaveo conocedor de aquel territorio y sus moradores. La primera noche tuvieron que dormir en una casa jívara cuyos dueños se hallaban ausentes, paseando en otra de la vecindad, y con el temor de ser sorprendidos repentinamente. Por lo demás, todo les sucedió á los expedicionarios á pedir de boca. Fueron invitados á tres casas jívaras donde recibieron visitas de otros jívaros que se venían al anuncio del arribo de huéspedes extraños que aparecían ahí por primera vez, siendo agasajados por sus tradicionales y seculares adversarios, haciendo intercambio de mercaderías y sentando bases para una amistad duradera.

Del Puyo salieron el 18 de Enero del presente año, llegando de regreso al predicho pueblo, el 29 del mismo mes, satisfechos de la excursión que les fue provechosa económicamente hablando, y calificando de *alli shungu* (buen corazón), á los sanguinarios *chirapas* que se habían manejado generosos entonces. Nuestro proyecto, alimentado algún tiempo, entraba en camino de realización; y los jívaros, aprobándolo, me enviaron á decir que apresurase mi venida, debiendo esperarme en la desembocadura del Arapicos en el Pastaza el jívaro Juanga con una canoa que la trabajaría para obsequiarme. Una condición me impusieron por medio de los mensajeros: no traer *bribones*, como el que merodeaba por el Bobonaza, puesto que no deseaban el ultraje á sus mujeres é hijas, ni los atropellos que estaban cometiéndose en el Morona por parte de los peruanos.

Para concluir esta carta que ha tomado dimensiones desmedidas, á pesar de que dejo mucho aún en el tintero, debo añadir á Su Excia. Rma. que, sin egoísmo, el trabajo de los Misioneros y la vida regular por ellos observada, me han llenado de consuelo. Aquí se necesita espíritu de sacrificio y grande abnegación, y

esto mismo brilla en el apostólico ministerio de nuestros Hermanos. La transformación política de 1895 que nos hizo perder cuatro Religiosos expatriados, sin tener en cuenta los desaparecidos por muerte natural, redujo nuestro escaso personal, siéndonos imposible aumentar aún el número de los Misioneros, que son ocho, cuando debieran ser quince por lo menos.

Si se añade que nos despojaron de nuestros bienes y que, para cobrar unos pocos sueros que la Junta de Beneficencia ha señalado del producto de aquellos, hay que pasar tiempo, vergüenza y hasta repulsas, ya Su Excia. Rma. comprenderá á cuantas privaciones se ven sujetos los Religiosos que apenas cuentan con lo estrictamente necesario, en un clima que harto contribuye al desgaste de fuerzas, sin que jamás experimenten alguna comodidad. Si tuviéramos camino de herradura, sería más fácil la provisión de víveres y la sustitución de los enfermos por otros religiosos sanos; pero no los tenemos, costándonos mucho dinero el traslado de comestibles á espaldas de cargueros que ganan más de lo que cuestan aquellos.

Concluyo suplicándole á Su Excia. Rma. que tenga paciencia para leer esta carta, paciencia que será necesario reservarla hasta que vea la que contendrá el relato de la segunda parte de mi viaje.

Pidiéndole bendiga nuestra obra apostólica y á los que la sirven, me suscribo de Su Excia. Rma. humilde siervo en Nuestro Señor Jesucristo.

Fr. Alvaro Valladares, O. P.

PROVINCIAL Y VICARIO APOSTÓLICO.



